

Año XXXII.

Madrid, Jueves 3 de Octubre de 1912.

Núm. 40

ALMANAQUE DEL CARLISMO

Para los años 1913 á 1999, por

- EL MOTÍN -

Dedicado al obispo de Barcelona

Don Juan Laguarda

= Ilustrado con dieciocho grabados =

:: UNA PESETA ::

Este es el libro que estoy haciendo, y que se pondrá á la venta antes del día 15 de este mes.

Cosas del coronel

Queridos amigos: (Ya he dicho varias veces que considero como tales á todos los lectores de EL MOTÍN. Y como personas de buen gusto además. Y como héroes también, pues vaya si se necesita valor en grado altísimo para atreverse á recibir mi periódico en ciertas localidades).

Pues como iba diciendo, allá en mis tiempos, cuando yo era militar (y ya ha llovido), era muy corriente la locución: *Cosas del coronel*, que se aplicaba á todo el que hacía algo distinto, en el fondo ó en la forma, de lo que los demás comúnmente ejecutaban; y en la milicia, ya se sabía: era preciso llegar á coronel para tener cosas.

Pues bien: creo que en el partido republicano, donde hay más generales que en algunas Repúblicas americanas, yo he alcanzado la categoría de coronel (sin mando de regimiento), y puedo, por tanto, permitirme el lujo de tener cosas de vez en cuando.

Y hoy me ha dado por llenar el número con cosas de carlistas exclusivamente, llevando triple intención: la de responder indirectamente á las majaderías que de mí dicen; la de seguir enterando á los liberales de lo que son las *bonradas masas*, y la de poder dedicarme toda esta semana en cuerpo y alma á terminar el Almanaque anunciado más arriba, y que me ha proporcionado más trabajo que me hubiese costado convencer á un cura de que no debería cobrar sacramentos, á un fraile de que debería comer poco y ser casto, y á un obispo de que debería ofrecerse como modelo de prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Porque voy á enterar á ustedes de lo que me ha pasado.

Al ocurrirseme hacer el *Almanaque del carlismo* para lo que resta de siglo (1913 á 1999), quise añadir á los materiales reunidos en 1897 para los cuarenta y cinco folletos que algunos recordarán, los que ahora podría proporcionarme. Y fui, ¿y qué hice?, compré libros y mandé durante tres meses un escribiente á la Bibliote-

ca á que copiasen todas las noticias de la *Gaceta* referentes á las dos guerras carlistas. Y como ando ya tan mal de memoria, que no me acuerdo ni del padrenuestro que aprendí en aquella poética edad de la infancia en que le embadurnan á uno el cerebro en las escuelas con oraciones, milagros y misterios, me armé tal lío al coordinar los datos, que he pasado los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio para separar lo repetido, eliminar lo menos importante, y comprobar en lo posible lo seleccionado.

Y no ha sido esto lo peor; si no que, creyendo que en doce pliegos cabría el original preparado, comencé á relatar con cierta extensión los hechos de la primera guerra, poniendo una línea en blanco para separar cada noticia, á fin de que las páginas resultaran tipográficamente más elegantes; y cuando caí en la cuenta de que siguiendo así iba á tener el Almanaque treinta pliegos lo menos, tuve que comenzar á comprimirme, digo, á comprimir las noticias, y acabé dando la mayo-

ría en estilo telegráfico, suprimiendo muchas que hubiera debido publicar.

Y llegué á la segunda guerra, y tuve que reducirme más aún, y dar las noticias en montón, y retirar muchas con harta dolor mío. A pesar de esto, he tenido que aumentar tres pliegos de los que pensaba al dichoso librito.

Pero, en fin, más pasó el Señor por nosotros, y doy por bien empleado el tiempo que en tan patriótica labor he invertido, por estar seguro de que el Almanaque ese contribuirá á desenmascarar á los defensores de la religión que quemam iglesias; á los partidarios del orden que medran con el desorden; á los amantes de la familia que la deshacen á balazos; á los cerberos de la propiedad que dejan sin camisa al verbo; á los Argos de la moralidad que violan; y para decirlo de una vez, y poner en una palabra todo lo que significa oprobio, infamia, bandidaje y crimen: á los carlistas; excrescencia cancerosa que le ha salido á la pobre España y que es preciso operar de una vez para que no ponga en peligro su vida, como ya ha devorado su fortuna é impedido su progreso.

Por lo demás, creo que la lectura de este número dejará á mis amigos complacidos, pues sentirán al par la sensación de lo horrible, el asco de lo canallesco y el regocijo de lo cómico; que de todo hay en la historia del carlismo, respetable partido que quisiera ver aniquilado siquiera tres días antes de que sonara para mí la hora de salir para la *città dolente*.—JOSÉ NAKENS

Los ferroviarios

La huelga que han votado tiene todas mis simpatías, como la tuvieron siempre y la tendrán todas las que promuevan para mejorar su condición económica los trabajadores todos.

Mientras entre ellos hubo discrepancia sobre la oportunidad de la huelga, debimos todos cuantos nos interesamos por el mejoramiento de la clase obrera, permanecer neutrales; desde que todos á una la han declarado, ¿quién puede vacilar en ponerse resueltamente á su lado?

No sé lo que ocurrirá desde el lunes, que escribo estas líneas, hasta el jueves que serán leídas; pero sea cualquiera la solución que tenga el conflicto, yo saludo en los ferroviarios á los heraldos prácticos de la redención obrera en España, y admiro la manera seria, digna y enérgica con que han procedido, haciendo así que la fraternidad complete lo que comenzó la justicia.

La lámina de hoy

La sima y Rosa Samaniego

Este héroe del carlismo y comensal de D. Carlos, nació el 30 de Abril de 1874 en Estella; fué preso en 1865 por lesiones, al año siguiente por hurto, y en 1867 por robo (ascendía por rigurosa escala, siendo condenado á cuatro años y cuatro meses de presidio menor por uno de los robos, y á veinte meses de correccional por otro. También fué procesado por haber robado la iglesia de Rocamadour, extramuros de Estella. El defensor de la religión comenzó á cumplir su misión providencial limpiando de alhajas un templo.

«De esta crisálida asquerosa, dice un escritor, de este embrión de toda clase de vicios, de esta funesta amalgama de instintos depravados y de pasiones infames, debía salir más tarde una celebridad, horror de sus contemporáneos y vergüenza del país que le vio nacer.

«Rosa Samaniego será por mucho tiempo el héroe del crimen, la sima de Igúzquiza su altar y el patibulo el premio de su maldita memoria.

«Si la historia de su juventud acusa un corazón de cieno, la de sus campañas en pro de una causa digna de él, denota hasta qué punto el odio y la maldad hacen á un hombre más cruel y vengativo que los más feroces animales.»

Su ascenso á carlista

En Abril del 72, al estallar la insurrección carlista, se dijo: ¡ahí están los míos! y se lanzó al campo. De no haber estallado la insurrección, se habría lanzado en clase de bandido: total igual. Mero deo, robó, y después del convenio de Amorevieta se retiró con algunos de su partida á las Amézcoas, donde vivió de su oficio: apoderarse de lo ajeno.

Al reanudarse la rebelión en Noviembre de aquel mismo año, apareció en las cercanías de Estella al frente de una partida reclutada principalmente entre los fugados de la cárcel de Vitoria. Su aparición inició la serie de violaciones y crímenes y le dió títulos para ponerse al habla con los principales cabecillas.

Unióse á su partida otro hombre que llegó á tener pronto la confianza completa de Rosa: Ezequiel Llorente (a) Jergón.

Los verdugos estaban preparados; sólo se necesitaban víctimas.

Cargo apropiado

Rosa fué comisionado desde el primer instante por sus jefes para cobrar contribuciones y portazgos, es decir, se le concedió la patente de ladrón; santa y noble tarea que desempeñó con cristiano celo, maltratando y apaleando alcaldes y cometiendo toda suerte de infamias.

Comenzó á correr por el país el rumor de que el defensor del carlismo arrojaba

vivas sus víctimas á la sima de Igúzquiza, y esto acabó de darle entre los suyos suyo celebridad é importancia.

El mismo D. Carlos anhelaba conocerle, deseo que satisfizo cuanto entró en España, porque Rosa Samaniego, instrumento futuro de sus venganzas, entró á la vez que él en Estella. La ciudad debió creerse aquel día sucursal de Ceuta, tales huéspedes albergó; y desde aquel día Rosa fué un personaje en la corte de D. Carlos.

La sima

Hasta entonces sólo había operado en una zona reducidísima; en adelante ensanchó su esfera de acción, recabó para su partida existencia propia é independiente, y se atrevió á todo: tan decidido protector tenía en su rey.

«La relación de los crímenes de Rosa Samaniego, dice un historiador, helaría la sangre en las venas de un bandido americano. Es una intemperancia de sangre y de horror que causa espanto.

«El ha ensangrentado el lecho de los ríos, las piedras de la calle, los árboles del bosque, el fondo insondable de la tremenda y criminalmente célebre sima de Igúzquiza; él ha asesinado por la mañana, por la tarde, por la noche, en pleno sol y en plena sombra; él ha deshonrado é intimado antes de matar; él ha escupido el veneno, la baba asquerosa de sus cinicas pasiones sobre el pudor de las mujeres, que pasaban desde su lecho al fondo de la sima. Los crímenes nocturnos de la Torre de Nesle son juegos inocentes en parangón con sus hechos.»

En un manuscrito, dice una persona del país:

«...facultado para castigar el espionaje, á pesar de que tal facultad ya se la había abrogado desde un principio, veía espías hasta en las montañas más retiradas, en los caminos públicos, en las casas particulares y en cuantos sitios había habitantes; apaleaba, mataba y arrojaba á la sima á cuantos le parecía, sin respetar sexos, clases ni edades, haciendo desaparecer del contorno hasta los mendigos.

«Comienza á oírse el triste susurro de la sima de Igúzquiza y los nefandos crímenes que en su seno oculta, y aunque eriza los cabellos la impresión que causa, nadie se atreve á lanzar un acto de reprobación... En ella sepulta hombres y mujeres, jóvenes violadas casi en la boca de la sima y en sus postrimerías, y niños inconscientes; rodéase de ejecutores como el tristemente célebre Jergón, y aumenta de día en día su fatídica fama.

«Sea ciego ejecutor de órdenes superiores, ó bien que á ello le impulsen sus sanguinarios instintos, sentencia sin apelación y ejecuta sin duelo al í donde ve un ser viviente que cree enemigo de la santa causa que hipócritamente defiende. No puede precisarse ni aun calcularse el número de sus víctimas, porque el terreno que ocupa ha sido un desierto para los demás...»

Comensal de D. Carlos

¿Qué merecía un hombre que obraba así? El patibulo mil veces. En el carlismo esto le facilitaba el ser recibido familiarmente á la mesa por D. Carlos.

En una carta que corrió por la prensa en Noviembre del 73, hallo los datos siguientes sobre los dos:

«En la corrida de novillos que tuvieron en Estella el 4 de Noviembre para celebrar los días de su rey, fué cogido por uno de los bichos el cabecilla Rosa, el hombre más abominable que ha producido el género humano y á quien don Carlos utiliza para sus venganzas, al par que le distingue y obsequia.

«Cuéntanse hechos atroces de este miserable que ha dejado en mantillas al cura Santa Cruz y á su guardia negra. Cuantas personas han estado en Estella desde que la ocupaban los carlistas, saben que Rosa Samaniego es el encargado de quitar de enmedio á los infelices que tienen la desgracia de caer en el desagrado del Pretendiente ó de los fanáticos partidarios del absolutismo, pero de la manera más trágica que se ha visto jamás. Por la cosa más insignificante, por el más leve indicio de que pueda entenderse con los enemigos, la persona que es delatada cae bajo la jurisdicción de ese malvado, que al punto se encarga de ella, y atándola de pies y manos la asesina á puñaladas, gozando muchas veces en martirizarla bárbaramente.

«Creiendo que este medio no daba todavía buen resultado, adoptó otro, el que sigue, á vista y paciencia y aquiescencia de todos los carlistas habidos y por haber.

«Hay cerca de Estella una sima llamada de Igúzquiza, y allí conduce Rosa con su gente á los infelices que son delatados, ó que se le señalan por cualquier personaje que quiere satisfacer una venganza; y poniéndolos al borde de aquel precipicio, los entretiene con chanzonetas terribles, y cuando están descuidados les da un empujón y caen en el abismo.

«Entre las infinitas personas que han sido asesinadas de esta manera infame, figura una joven de diez y ocho años, acusada de haber llevado tiempo hacia un parte á las tropas carlistas.

«Teniendo yo mis dudas de que estos actos tan horribles fueran ciertos, por más que los había oído á personas respetables dignas de crédito, pregunté á un joven de Bernedo (Alava) que se habían llevado por fuerza los carlistas agregándole al tercer batallón alavés que manda un tal Montoya y que al fin pudo fugarse, cuyo joven me dijo: «Puedo asegurar á usted que todo es cierto, y que yo mismo he visto tirar á un pobre hombre que iba vendiendo tabaco, porque le acumulaban que era un espía, al que le preguntó Rosa: «¿Tú sabes jugar al mus?», y al contestar temblando «sí señor, algo», replicóle empujándole á la sima: «Pues ahí abajo encontrarás quien juegue contigo.»

«Los que conocen los antecedentes de este bandido, digno partidario de tan

abhorrecida causa, no extrañan sus crímenes, porque toda su vida ha sido lo mismo. Habiendo estado en presidio, iba á ser sentenciado de nuevo, pero pudo escapar y hacerse jefe de una partida, siendo muy considerado en la actualidad entre los carlistas.

«Puedo asegurarle á usted que en la corte del Pretendiente pasan cosas tan criminalmente originales como en la Corte de los Milagros que nos describe Víctor Hugo.»

Pirala, que en su historia de la segunda guerra no juzga á los hombres del carlismo con la merecida dureza, dice hablando de Rosa:

«Mandaba de 40 á 50 hombres, y se le comisionaba siempre que había que hacer una atrocidad.

«Falto Rosa de instrucción y talento, y sin haber tenido aún ocasiones de acreditar su valor, había prestado al principio buenos servicios á la causa carlista, deteniendo á los confidentes enemigos, para lo que tenía rara habilidad, tratándolos con rigor implacable y cometiendo con ellos actos de horrible crueldad que él consideraba como de justicia.

«No podemos detenernos en este triste personaje, y aunque no consignamos cuanto en su contra se ha dicho con evidente exageración (¡y plugue al cielo pudiéramos probar, en obsequio á la humanidad, que eran falsos cuantos crímenes se le han atribuido y exagerado el número de sus víctimas!), no debemos omitir, por ser documento oficial, el extracto de las diligencias instruidas para averiguar los crímenes por Rosa cometidos. Podrán adolecer de defectos, pero nada conocemos hasta ahora más aproximado á la verdad, ó que merezca mayor crédito por su carácter oficial y la naturaleza de muchos de sus declarantes. (Se refiere al extracto del proceso que más adelante insertaré.) Después añade:

«Nos dice un amigo nuestro, distinguido coronel carlista, lo siguiente:

«Cuentan que tenía una sima en la la que arrojaba vivos á sus prisioneros y hacen subir á un número fabuloso el de los arrojados; creo que hay exageración en esto; pero la existencia de la sima y que ha lanzado algunos en ella, es una verdad que yo averigüé interrogando al cura de Murillo (valle de Yerri) que hoy es capellán de artillería y antes lo fué de su partida, y me dijo que era cierto: que se habían arrojado muchos á la sima, pero que todos lo merecían: que los habían confesado antes y sabía lo que habían hecho. Es necesario tener en cuenta que el capellán y el partiaario son dos tipos que se parecen mucho.»

Descripción de la sima

Pirala le consagra estos renglones:

«Hemos visitado la sima de Igúzquiza, á unos cinco kilómetros de Estella, y aun prescindiendo de la prevención con que se la mira, ella en sí es repulsiva.

Habiendo unos 240 metros desde la embocadura hasta llegar al agua, el que á la sima se arroja no puede caer per-

pendicular por la multitud de peñascos salientes de las paredes, verdosos, húmedos, escurridizos, en los que la víctima no puede encontrar un asidero, sino un tormento á su agonía, porque sin el tiempo suficiente para concebir una esperanza de salvación, no bien empieza á vislumbrarla, cuando se escurre rápidamente á otro peñasco á vislumbrar otra esperanza y ver una triste realidad, experimentando una agonía horrible, una muerte feroz, inhumana.»

Completaré el cuadro con otra descripción más detallada de aquella tumba de tantos mártires:

«La célebre sima se halla como á unos diez minutos de marcha del pueblo de Igúzquiza, de unos cuarenta vecinos, cerca del cruce de las carreteras que desde Logroño y Vitoria conducen á Estella. La boca de la sima mira á las Amézcoas y está en terreno elevado al pie de una altura que tiene al Norte en medio de un desprendimiento de tierras. La entrada por el Este es suave y se llega fácilmente al borde, lo mismo á pie que á caballo, por dos pequeñas rampas.

«La boca tiene una abertura de cinco metros de longitud por tres de latitud. En uno de los bordes existe un roble, no grueso, inclinado sobre el abismo, y á cuyas ramas, así como á la maleza que crece al pie, se asían algunos desgraciados para no caer en las profundidades de la sima, adonde eran al fin precipitados por los sicarios del bandido Rosas, lanzando sobre ellos gruesas piedras.

«Cuando se arroja un cuerpo pesado por la boca, obsérvase que á unos cien metros de profundidad choca en una meseta resbaladiza, donde salta, y luego se oye un segundo ruido lúgubre producido por agua, y varios ecos, que parecen decir: «hermanos, dejadnos tranquilos, pero rogad por nosotros.»

«Aunque se creyó que terminada la guerra el Gobierno mandaría explorar aquella catacumba donde están sepultadas más de 400 víctimas del sicario defensor de la religión, no se ha hecho.

La sima apenas era conocida más que por los habitantes de los pueblos próximos, hasta que el bandido cabecilla le dió la triste celebridad que hoy tiene.»

Horroriza leer esto.

Los protectores de Rosa

En Septiembre de 1875 Rosa se vió obligado á abandonar su partido; su cobardía en la acción de Biurrun había indignado á los suyos; además varios carlistas importantes pidieron su destitución á D. Carlos, y éste no pudo sostener por más tiempo á su querido amigo.

Huyó el criminal á Francia, y Doña Margarita, esposa del que lo había utilizado para satisfacer pasiones miserables y rencores de rufián, le socorrió y lo recomendó eficazmente á los legitimistas de Bélgica. Y éstos *dilettantis* del bandolerismo, estos gomosos del crimen lo acogieron y atendieron durante algún tiempo, distinguiéndose las señoras católicas

en tan hermosa y sublime obra de caridad.

Para el partido católico aquel infame asesino era un héroe, siendo así que, comparados con él José María, Diego Corrientes, Jaime el Barbudo y los siete niños de Ecija, tenían derecho á que les erigiéramos una estatua por valientes, por nobles, por honrados...

Y es que en el carlismo no hay más que malo y peor, salvo aquellos que van engañados, y que son los que sufren, luchan y mueren.

Todos iguales

Sí, todos. De no serlo ¿cómo habrían consentido que el asesino comensal de D. Carlos ostentase el grado y llevase el uniforme de teniente coronel de caballería? ¿Cómo nadie se atrevió á arrancarle aquellas insignias que deshonoraba, ó se arrancó las suyas para no figurar como compañero de aquel hombre, espuma asquerosa del mar del crimen? ¿Cómo no nubo siquiera un carlista que rehusara sentarse á la mesa de su rey, sabiendo que el bandido aquél se había sentado? Fuese por servilismo ó por falta de valor, todos los que transigieron en Estella con el favorito de D. Carlos quedaron igualmente deshonorados.

Extracto del proceso formado contra Rosa Samaniego y consortes.

«Mandadas formar estas diligencias en 26 de Octubre de 1874 por disposición del Excmo. Sr. teniente general D. Manuel Laserna, que mandaba en jefe el Ejército del Norte, dió principio su instrucción en el mismo día, actuando como fiscal el teniente coronel D. Juan Florán, y como secretario el teniente del regimiento de Infantería de Castrejana (hoy Reina) don Claudio Alonso y Gutiérrez.

«La voz pública, que con insistencia acusaba á Rosa y á los individuos de su partida de haber arrojado á muchas personas de ambos sexos y de distintas edades, muertas ó vivas, á una sima llamada de Igúzquiza, sita en las cercanías de Estella, movió al Excmo. Sr. General nombrado á ordenar la instrucción de este sumario.

«Desde luego se comprende, y de los autos resulta, que hallándose los carlistas posesionados de Estella y de los demás pueblos de su vecindad, no había de ser empresa muy fácil poder encontrar un número crecido de personas que declarasen como testigos presenciales de unos hechos que por su índole especial han debido pasar, en la mayor parte de los casos, entre las víctimas y sus verdugos, sin que hubiera más espectadores. Pero, si bien es cierto que la mayor parte de los testigos lo son de referencia, también lo es que existen entre ellos algunas víctimas, como don Gonzalo Pereira y Carasa, Eleuterio Sanz, Andrés Balín, María Santos, José María Amado y Paulina Osés; individuos que han servido en la partida de Rosa, como Melchor Agucáz, Nemesio Maestre y Pedro Echevarría, ó han presenciado algunos hechos, como D. Ramón Moneo; y, por último, otros que, sin presenciar las ejecuciones, han recogido de Rosa, *Jergón, Ratón* y otros partidarios la confesión de dife-

rentes crímenes cometidos por ellos, vanagloriándose por sus horribles hazañas; tales son, entre otros, D. Juan Ucaz y Jiménez, Babil, Vicente Lizalde, Ramón Cabelero, Juan Chavarri y D.^a Dolores Aramendia.

• Cuarenta y dos personas han declarado, y todas ellas, excepción hecha de Don Andrés Salito y Juan García Ochoa, manifiestan haber oído referir hechos diferentes ó iguales, atribuyendo la comisión de crímenes sin cuento á Rosa Samaniego y su gente.

• Doña Francisca Bustamante, al folio 2, acusa á Rosa de la muerte de Sebastián Zubeldia, su marido, á quien arrojó á la sima, y Pedro Clasco, al número 35, dice que así sucedió. Eleuterio Sanz y Andrés Balín, folios 16 y 19, ambos vueltos, presos en Estella, han oído hablar á sus compañeros de cárcel de la muerte (en la sima) de un alguacil de Pamplona.

• José María Amado, preso como los anteriores, oyó referir que á un soldado de Cazadores prisionero le arrojaron á la sima.

• Ramón Carizo, al folio 33, sabe de voz pública que los arrojados á la sima pasan de ciento cincuenta.

• Don Joaquín Pastor, folio 37, recuerda la muerte de dos vecinos de Lumbier que fueron arrojados vivos por Rosa al río Bragón, con piedras atadas al cuerpo, y que habiendo hecho preso el mismo Rosa á un amigo suyo, diciéndole éste que ya sabía la suerte que le esperaba en sus manos, pero como amigo le suplicaba que no le hiciese padecer mucho, le contestó: «Voy á darte gusto»; y asestandole una puñalada en el pecho, lo dejó cadáver.....

• ...Que Rosa y su partida son el terror de la gente del país, por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada sima para arrojar en ella á sus víctimas.

• María Santos y Paulina Osés, á los folios 66 y 67, ambos vueltos; declaran que, detenidas por el cabecilla, recibieron cincuenta palos por llevar aguardiente á las tropas, habiéndolas forzado antes de apalearlas.....

• Las deposiciones de Melchor Agucáz, Nemesio Maestre y Pedro Echevarría, obrantes á los folios 105, 108 y 112, dan cuenta de un crecido número de crímenes por haber asistido á su ejecución, como individuos de la partida de Rosa, hallándose entre sus víctimas, cuyos nombres en muchos casos desconocen, dos muchachos aragoneses, á los que mandó fusilar Rosa; un anciano, al cual, después de maltratado, lo mató de un tiro un partidario llamado Demetrio; un vecino de Estella, á quien apalearon hasta dejarlo muerto; cinco individuos que fueron arrojados al Ega atados con cuerdas, y cuyos cadáveres salieron á flor de agua algunos días más tarde; un hombre de edad arrojado también al mismo río y rematado á tiros después de caer en el agua; un paisano de la Amézcoa, muerto á tiros por los partidarios Joaquín Sanz y Aniceto, y precipitado después á la sima de Loguir; dos muchachas jóvenes, después de cortarles el pelo y de violadas, fueron muertas á tiros por Jergón y otros partidarios, y arrojados sus cadáveres á la sima; dos paisanos de Genevilla y uno de Villatuerta, llamado Hipólito, que sufrieron la misma suerte; dos muchachos, uno de Villatuerta y otro de Cirauqui arrojados también á la sima; un

paisano de Aldeanueva y cinco más, entre ellos el prisionero de Estella, que recibieron parecida muerte, y otros muchos más de que han oído hablar.

• Los mismos acusados, Rosa, Jergón el Ratón y otros han confesado algunos de sus crímenes á presencia de los testigos D. Juan Ucaz, Babil, Vicent, Juan Echevarría y otros que declaran en estas diligencias, diciendo Rosa: *Yo soy Rosa, pero huele muy mal, especialmente para los liberales, que he de matar todos*; jactándose los segundos de sus crímenes, que decían cometidos por orden del primero y manifestando Jergón que las manchas de sangre que veían en su manta eran de tres guiris, á quienes había degollado.....

• Unidos á las referidas diligencias corren también los antecedentes penales y la filiación de Félix Domingo Rosa Samaniego Sáez, de los cuales aparece que á la fecha tiene veintiséis años, y que en Septiembre de 1876 fué condenado por la Audiencia de Pamplona á cuatro años y cuatro meses de presidio menor por hurto, y á veinte meses de presidio correccional por otro, habiendo sido licenciado en 2 de Diciembre de 1870, por alcanzarle los beneficios del Código Penal reformado de dicho año, hoy vigente.

• Vitoria 9 de Enero de 1875.—Joaquín Roncal.—Conforme con lo que resulta de las diligencias originales.—El coronel, segundo jefe de E. M. G., Manuel de Lecano.»

Más víctimas

Otros hechos criminales que también figuran en el proceso de Rosa y consortes:

• Juviera Lastra, Jerónimo Gómez, Don Cándido García, Genaro Barraondo, Doña María Munoriz y D. Angel Echarte, á los folios 40, 44, 45, 49, 59 y 65 respectivamente, confirman lo dicho por los anteriores y manifiestan haber oído referir otros crímenes, siendo muchos más los testigos que declaran también saber por referencia, que Rosa y su partida son el terror de las gentes del país por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada sima para arrojar á ella sus víctimas.

D. Gonzalo Pereira y Carasa dice, al folio 8, que detenido por los carlistas como supuesto agente del Gobierno, fué conducido á la cárcel de Estella, donde se encontraban otros presos.

A las tres de la mañana del día de San Lorenzo le sacaron de la cárcel, en compañía de un muchacho de Tafalla de unos quince años de edad, de una joven de Barbarin y de dos hombres, uno de la provincia de Burgos y otro de la de Alava.

Conducidos por algunos individuos de la partida de Rosa á la sima de Lúzquiz, les hicieron sentar á la inmediación, trajeron un sacerdote, y después que éste confesó á los 5 hicieron poner al muchacho de rodillas al borde de la sima y de espalda á ella.

Uno que hacía de jefe, y se titulaba teniente, le preguntó quién fué el hombre que le dió el parte; á lo cual contestó el muchacho que no le conoció porque era de noche, y que le había llevado

al general porque le amenazaron; entonces Jergón le dió un bayonetazo, diciéndole: «ahí tienes el pago», «cayendo el muchacho al precipicio»; seguidamente colocaron á la joven en igual posición y sin dirigirle pregunta alguna, se acercó el cabo Ratón, y asestandola un bayonetazo al pecho, la arrojó á la sima. Al declarante y á los dos hombres, después de amenazarles con la misma muerte si no hacían las confesiones que les exigían, los volvieron á la cárcel de Estella, de la cual salió el Vicente algún tiempo después en libertad.

El testigo José María Amado, folio vuelto, abona en parte esta declaración, pues afirma haberse encontrado en la cárcel de Estella con el abogado D. Gonzalo Pereira.

Por último manifiestan algunos testigos que Rosa llevó á cabo varios de los hechos referidos por orden de los jefes carlistas, y hacen constar la entrega á este partidario y á los individuos que mandaba de los presos de la cárcel de Estella, que eran conducidos al sacrificio; prueba de que, ó se hacía por orden de aquellos ó al menos con su conocimiento.»

Y ahora pregunto de nuevo:

¿Quién era más miserable, más criminal? ¿D. Carlos, que utilizaba para sus venganzas á Rosa Samaniego, ó éste, que le servía? Indudablemente D. Carlos.

Entre un juez inicuo y un verdugo infame, todas las ventajas están de parte del último.

Conclusión

La lámina de hoy está inspirada en este incidente de una entrevista celebrada entre D. Indalecio Caso y D. Carlos. Habla el primero:

«Para ver el efecto que le hacía, nombré al monstruo (Rosa Samaniego). No olvidaré jamás el divertido lance que S. M. me refirió apurando por cierto una copa de *chartreuse*. Un... no sé quién, un hombre, un español lanzado á la sima, quedó agarrado á un arbusto pidiendo misericordia, y mientras él más gritaba, Rosa con mayor empeño le tiraba piedras enormes, hasta que acertando una vez, le arrojó al precipicio.»

Y ya que he hablado de verdugo, recuerdo la frase corriente de que *si hay algo más despreciable que él, es su ayudante* y presento á continuación al de Rosa Samaniego, que, con D. Carlos, formaban la trinidad simbólica del partido, así como el párroco Santa Cruz, el jesuita Goiriena, el cura de Flix, y Cucala eran las principales figuras de su apostolado.

Llorente (Jergón)

Para dejar completamente biografiada esta otra eminencia del crimen, publicaré algunos párrafos de la petición fiscal hecha en 10 de Diciembre de 1876 contra él y Rosa Samaniego, carlistas selectos

que oían misa diariamente y llevaban al cuello escapularios de *¡dénle, bala!*, fabricados en los dulces asilos de los esposas del Señor.

El manso, humilde y caritativo clero que hoy se desgaña fulminando anatemas contra los liberales, no tuvo una palabra de censura contra tan espantosos hechos, sin duda porque se cometían á la sombra de su pura é inmaculada bandera.

He aquí los párrafos:

«Don Luciano Sánchez y Sáez, caballero gran cruz, etc., y fiscal de la presente causa, á este ilustrado Consejo, dice: Que la lectura de este proceso impresiona, porque de ella resulta patente lo horroroso de los crímenes que se persiguen.

Un hombre, ó mejor dicho, una hiena, abrigado con el manto de un partido político que se titula defensor de la religión, creyendo sin duda que á la sombra de él quedarían impunes, asesina sin compasión, piedad, ni temor de Dios á jóvenes de quince y diez y ocho años, hombres en lo mejor de edad de su vida, ancianos casi decrepitos y á doncellas de veinte á veintidós años, sepultándolos en profundos é insondables abismos de las simas de Igúzquiza y Ecala, unas veces después de muertos, y otras mal heridos, y otras vivos, sin más motivos que el de leves sospechas de que eran de opinión liberal, ó que habían conducido algún parte para las columnas del ejército constitucional, sin que le detenga ni espante el derramar la sangre de tantas víctimas, ni le conmuevan los ayes de las mismas al implorar compasión. Al contrario, lejos de conmoverse, hace este criminal estúpido cínico alarde de los horrendos crímenes que había cometido, alabándose de *haberse comido una sarten* *de orejas frías cortadas á personas vivas, que después tiraba á la Sima*; lamentándose cuando no tenía inocentes en quienes ejercer sus fieros instintos, con las expresiones de, *hoy no hemos tenido nada que hacer, hoy no hemos hecho nada*, teniendo por costumbre remangarse un lado del pantalón, y decir, como en son de triunfo y alegría: *cada vuelta que me doy en el pantalón que me remango, es uno que aquel día he tirado á la Sima*.

Veamos ahora, ilustre Consejo, el verdadero resultado que arroja el proceso contra Ezequiel Llorente Aguirre (a) *Jergón*, para estimarlo en todo su valor:

Por las declaraciones de los cuarenta y dos testigos que han sido examinados en este proceso, que principian con la de Pedro Echevarría, folio 7, y concluyen con la de D. Agustín Jarauta, folio 67 vuelto, y por las diez y ocho que, copiadas de la otra causa, que por separado y por los mismos delitos se sigue contra Rosa Samaniego, ausente, y otros presentes, obran por testimonio, folio 110 al 130, resulta plenamente justificado que el día 10 de Abril de 1873, se capturó en el pueblo de Murieta al veci-

no del mismo, llamado Pedro Muneta, hombre honrado, cojo é inútil, el cual fué asesinado.

Que el mismo día, mes y año, dió muerte á Juan Urra Ruiz de Larramendi, de oficio albañil, casado en Ancín, natural de Ecala, tirándolo á la sima de este pueblo.

Que el día segundo de Pascua de Pentecostés de dicho año del 73 pegó una fuerte paliza en el pueblo de Zúñiga a un curtidor de Estella, y mal herido y casi agonizando lo llevó á la sima de Igúzquiza y lo tiró á su fondo.

Que el 23 de Junio del indicado año asesinó al joven de quince años Félix Chavarri, natural de Villatuerta, tirándolo á la sima de Ecala.

Que junto con este joven mató á Mariano Carín y Caro, de diez y ocho años de edad, natural de Cirauqui, que servía de mozo de labranza en Lorca, tirándolo también á la misma sima.

Que el 8 de Julio del expresado año pegó una paliza á Hipólito Sanz, natural y vecino de Villatuerta, disparándole dos tiros, arrojándole después á la sima de Ecala.

Que el 20 de Agosto del mismo año capturó á Luis Pesado, vecino de Estella, asesinándolo el 21.

Que igualmente asesinó á dos mujeres como de veinte á veintidós años, de las que gozó antes de matarlas, tirándolas después á la sima de Ecala.

Que cogió en el ya citado pueblo de Murieta á un peón caminero, anciano de sesenta años, y después de robarle la ropa que tenía puesta, lo tiró vivo á la sima de Igúzquiza.

Que ató fuertemente á un gitano que le entregaron otros carlistas que no pertenecían á Rosa Samaniego, y acompañado de otros cuatro ó cinco carlistas, lo asesinó y tiró á la sima de Igúzquiza.

Que al día siguiente de este asesinato sacó de Estella á dos paisanos que eran de Castilla, cerca de Madrid, y los condujo hacia la misma sima, que indudablemente los tiraría, porque ya era sabido que todos los que él cogía ó se le entregaban era para matarlos.

Que por sospecha de si era confidente, colgó vivo á un hombre, teniéndole en una viga con los pies arriba y la cabeza hacia abajo hasta que le ahogaba la sangre, echándolo después desnudo sobre unas aliagas para martirizarlo, y, bañado en su propia sangre lo tiró á la sima.

Que en el pueblo de Villatuerta cogió á una joven que parecía una señorita, y, después de gozarse de ella, la mató de un tiro y la sepultó en la sima de Igúzquiza.

Que habiendo intentado tirar á la sima á un hombre vivo, se resistió éste y agarrándose á brazo partido con uno de la pareja que le acompañaba, lo mataron á bayonetazos *Jergón* y el otro de dicha pareja, tirándolo á la sima de Igúzquiza.

Que en compañía de otros de la partida de Rosa cogió á un hombre que vendía churros y lo mató, asesinando también junto con éste otro desconocido.

Que asesinó á Francisco Lasa, vecino de Estella, tirándolo á la sima de Igúzquiza, dándole de palos antes de matarlo.

Que en Valdelana cogió y mató á Leandro del Rey, joven de diez y siete, natural de Estella, asesinando también al padre de ese joven, llamado Ramón cuando iba á buscar á su hijo.

Que en el pueblo de Aramendia martirizó á otro castellano, colgándolo, dándole antes de palos, diciendo Rosa que estaba presente: «... traer una gavilla de aliagas, que lo hemos de quemar vivo,» cuyas aliagas llevó *Jergón*, tirándolo desnudo sobre ellas, y al anochecer lo acabó de matar, retirándolo un poco del pueblo hacia el monte, y abriendo un hoyo con unas layas lo enterró en él, cuyos huesos y calavera recogió el fiscal actuario el día 3 de Abril último del mismo hoyo en que fué enterrado, y lo mandó depositar en el cementerio de dicho pueblo de Aramendia, donde se conservan, según consta y se acredita por la diligencia del folio 54.

Que el día 5 de Enero del año 75, cerca del pueblo de Arruiz, cogió á Bernardo Cestona, vecino de Lecumberri, á quien Rosa Samaniego acababa de robar en cuadrilla y en despoblado 33 duros, ó sea 165 pesetas que llevaba para su tráfico de arriero de vinos, y, robándole también *Jergón* la alforja y la merienda, le dió de palos, concluyendo de matarlo á bayonetazos, dejándole en un hoyo cerca de la carretera.

Que en el mes de Diciembre del mismo año tiró vivo á la sima de Igúzquiza á Eugenio Arrieta, soldado carlista, porque, arrepentido de estar entre ellos, que lo habían sacado á la fuerza, trataba de presentarse á las autoridades...

¿No es cierto que parece esa relación, más que un hecho real, producto de una pesadilla espantosa?

Pues hay todavía algo más horrible, y es que el espíritu que animaba á aquellas *honradas masas* de ladrones y asesinos domine hoy en España, y se vean perseguidas las ideas que se pusieron enfrente para vencerlas, y acorralados los hombres que hicieron toda clase de sacrificios por aniquilarlas.

Los periódicos carlistas y los oradores carlistas vienen constantemente aparejando escandalizarse por las inmoralidades del liberalismo en todos sus matices, y diciendo que ellos las remediarán si mandasen.

No negaré que tienen razón en sus acusaciones, pero habría que ver lo que ellos harían si llegasen: cometerse hasta las estopas del cleo. Lo que sigue lo prueba.

A ROBAR TOCAN

Consecuencia del carlismo

La cuestión del dinero fué siempre la primordial entre los carlistas: antes de la guerra, durante la guerra y después de la

guerra: de la primera como de la segunda.

Y como de la primera he dicho ya algo referente á este punto capitalísimo, diré hoy algo de la segunda, para que se vea que el carlismo es el partido más consecuente que hay en España, lo mismo en ideas, que en propósitos, que en procedimientos, y que los buenos ejemplos parten siempre de arriba.

Antes del parto...

Cuando Calderón, á quien D. Carlos pagó sus servicios de minera bien villana, vió en Mayo de 1869 en Baden-Baden á Cabrera, habló ya éste de la *misteriosa inversión de los fondos* que hasta entonces se habían recaudado, y que á pesar de ascender á una *respetable cantidad*, aún no habían comprado ni un fusil, cuando de todas las provincias de España los reclamaban; inversión desconocida que *había dado lugar al recelo*, primero de los contribuyentes, y como consecuencia, *al descrédito de los gobernantes*, en términos de no conseguir realizar suma alguna, *á pesar de andar vergonzosamente arrastrando el nombre de D. Carlos de puerta en puerta.*

Una vez de vuelta en Francia el 72 después de la fuga de Oroquieta, y mientras los suyos se las arreglaban en España como podían, buscó D. Carlos asilo cómodo y seguro y se rodeó de tales perdido, que á los pocos días decía el general Díaz de Rada desde Tolosa, respondiendo á los que le acusaban de aquel fracaso:

«La verdad es que mientras yo he vivido y sigo viviendo todo género de privaciones, alguno de mis detractores ha vivido á lo príncipe, manejando á manos llenas el oro de la causa, *de cuya buena y legal inversión* tengo el derecho de dudar por los comprobantes oficiales que obran en mi poder, y que algún día se publicarán.

»Todo esto es verdad, y también lo es que entre los ocho ó diez personajes que componen la consabida kábila, la mitad no son ni fueron jamás carlistas; que han hecho y siguen haciendo todo cuanto pueden para impedir el triunfo de nuestra causa, porque temen, con razón, que llegue para ellos el día de la gran liquidación, y que, como saben que yo no he de consentir jamás sus infamias y desmanes, intentan contra mí todo lo malo que les sugiere su dañada y perversa intención.

»Capaces de todo son esos nobles y honradísimos caballeros. Capaces de todo son, menos... de ser honrados y caballeros.»

Es decir, que desde que D. Carlos profanó por vez primera el suelo español, las cuestiones de dinero traían ya revuelto al partido que ofrece arreglar nuestra Hacienda y moralizar la administración. Si cuando había poca lana y entre zarzas, ocurrían tales cosas entre ellos, ¿qué no hubieran hecho á verse

instalados en Madrid y con la sartén por el mango?

Alentados sin duda con el ejemplo de su rey, muchos carlistas se dieron á robar desde que comenzaron á pasar valores por sus manos.

Ya en 1872 repartió el carlista D. J. de la Cruz Corrales una Hoja que produjo gran sensación, hablando de millares de fusiles que se habían engullido las anchas tragaleras de los partidarios del derecho divino, y de que hasta el caballo que debía montar al entrar en España D. Carlos, y que había costado 40.000 reales, había sido vendido por el jinete.»

Estas eran las gentes santas: confesaban, comulgaban, cogían el trabuco, se echaban al campo, robaban, asesinaban, violaban, y...

Si esto hacían en estado de merecer, ¿qué no hubieran hecho si llegan á triunfar?

En el parto...

¡Robar! Este es uno de los ideales (el principal después del de asesinar) del carlismo: robar á los liberales, á los templos, á sus propios correligionarios.

Los cabecillas que entraban en las poblaciones, robaban; robaban los que recorrian los campos; robaban los de la corte de D. Carlos; robaba el rey. El carlismo era, en suma, el latrocinio elevado á institución; el principio y el fin de la causa.

Para justificar esta apreciación, no hay más que fijarse en las ideas que el Pretendiente tenía acerca de la moral. Y si en el Norte, al lado suyo, se distraían los fondos por Dorrouso y otros caballeros, ¿qué no ocurriría en Valencia, Aragón y Cataluña, donde eran mas rapaces los cabecillas y las partidas completamente autónomas, y podían entregarse saqueo y al pillaje sin que nadie les fuese á la mano ni les tomara cuenta de nada?

Para formarse una idea aproximada de lo ladrones que eran los carlistas, baste decir que al hacerse cargo el cabecilla Palacios de la intendencia del ejército del Centro en 1874, manifestó que, según datos recogidos por el Sr. Roca, Santés deba rendir cuenta de *seis millones*, por exacciones hechas en sus expediciones y primera entrada en Cuenca.

Al llegar á Chelva los carlistas capitaneados por D. Alfonso y D.^a María de las Nieves (a) D.^a Blanca, simples individuos llevaban en sus cintos 10.000 y 14.000 reales en moneda de oro y plata.

Por todas partes donde iban obraban lo mismo.

Hay en nuestro teatro clásico un drama titulado *Del rey abajo, ninguno*. Parodiando ese título, podríamos bien decir en este caso: *Incluso el rey, todos... LADRONES.*

Ponderando un periódico de Valencia

lo *lucrativo* del oficio de comandante de armas carlista, decía que el de Fansara, un tal Izquierdo, que era pastor en Ribesalves, tenía en aquella fecha un capital bastante para vivir cómodamente lejos de las contingencias de la guerra, gracias al merodeo, ocupación habitual de tales caudillos.

Y lo que de éste, podía bien decirse de casi todos los carlistas, en el Centro, en Cataluña, en el Norte y en todas partes.

Carlismo es sinónimo de bandolerismo. Prohibase á los carlistas robar, y se quedará pronto el partido... con unos cuantos imbéciles de buena fe. Los que dan tono á la causa se retirarían... á robar más modestamente donde Dios les diera á entender.

Cuando la guerra tomó vuelo, y el dinero llegaba de todas partes á los carlistas, uno de éstos, que ya conocía bien á su rey, escribió en 1874:

«Periódicos falaces, pintándole como un segundo Godofredo al frente de sus huestes, le facilitaron en París y en Londres y en Bruselas *cuantiosos recursos que la piedad católica podía destinar á mejores empresas*; tuvo por alcázares y sitios reales palacios y posesiones pertenecientes al *pérfido liberalismo*, y así logró amenizar más la campaña, que para él fué una continuada cacería.»

Las sesiones de la junta de Merindades celebradas en Durango en 1874 fueron muy borrascosas. Muchos apoderados, capitaneados por Belarrosa, declararon que no votarían la continuación de la guerra ni ningún impuesto, si antes no se nombraba una comisión encargada de examinar la administración de la Diputación á guerra, pues á pesar de haber facilitado la provincia todas las raciones que se había pedido, de haber dado cuatro contribuciones en metálico, y de que el fondo de redenciones debía elevarse á algunos millones, *«resulta que los soldados están sin capotes ni calzado, que se han recibido muy pocos fusiles desde el año pasado, que no se ha comprado ningún cañón, ni invertido un céntimo en cosa de provecho, lo cual significa que existen ladrones, y que es preciso á toda costa descubrirlos y castigarlos severamente.»*

¿Pero cómo no había de pasar en el carlismo todo eso, representando lo que representa y teniendo un rey como don Carlos?

Juicio de un carlista muy significado en 1874:

«Apenas, encendida la guerra, hubo espacio y medios para la conveniente seguridad de sus personas, D. Alfonso primero y D. Carlos unos meses después, vinieron á España á jugar con el infortunio y *remediarse con el dinero* de los españoles.

El perdido que, por confesión propia, *no podía vivir como príncipe*, vivió desde entonces *como rey.*»

A tal punto llegó la inmoralidad en los comienzos del año 74, que antes de entrar en Estella habían gritado en el camino las fuerzas que salieron: ¡*Mueran los ladrones!* (ya en Somorrostro se hablaba de abusos de las autoridades). Andaban aquella noche medio asustados algunos de los que tenían razones para creerse aludidos, buscando la oscuridad para comunicarse sus tristes impresiones.

¿Se quieren más pruebas? El mismo Dorregaray dirigió desde Benasal una alocución á sus compañeros al encargarse del ejército del Centro, diciéndoles «que hasta entonces el carlismo no había sido en aquellas provincias más que el *bando-lerismo armado*».

Ante los desmanes, atropellos y latrocinios de los carlistas, uno de los más caracterizados, D. José Antonio de Ros, escribió desde Prades:

«Conozco en Cataluña algunos de esos hombres que al ver que sus intereses, sus propiedades y su misma personalidad no se ve libre de los ataques y desmanes de los defensores de la buena causa, están aburridísimos, y dicen á voz en grito que van á retirarse, que no quieren seguir por más tiempo siendo cómplices y víctimas á la vez de tales actos». Pedía que hubiese administración y orden en las cuentas, y «que se llegase al extremo de que cuando los pueblos no podían ó no querían pagar, se llevasen en rehenes á los mismos carlistas.»

Envidioso sin duda de las proezas de sus sicarios que se hacían célebres por sus robos, depredaciones y saqueos, ofreció D. Carlos en Mayo de 1874 en garantía de un empréstito que quería negociar en el extranjero, las minas de hierro de Vizcaya, propiedad de particulares.

Claro es que no hubo nadie que quisiera hacerse cómplice de semejante estafa, pero la intención del Godofredo de talco bien patentizada quedó.

Sí, hay que repetirlo muchas veces: aparte los desdichados que el clero fanatizó y que se batían por una causa que creían la de Dios, el carlismo no ha sido más que una banda de ladrones y asesinos diseminada por el Norte, el Centro y Cataluña, con el casi exclusivo propósito de robar impunemente. Por esto ni D. Carlos tenía autoridad para reprimir á los cabecillas, ni éstos á sus soldados.

Cuando el mal ejemplo parte de arriba no hay medio que baste á contener á los de abajo. Por algo decía Savalls á un brigadier carlista:

«Algunas alhajas he distribuido en la Corte de Estella; aquellos señores son muy aficionados á los objetos de oro y plata.

«Cuando el rey me nombró conde, marqués, general y teniente general, envié algo allí en celebridad del suceso; y de ahí que tanta gente diga en Estella muy bien de Savalls.

«En aquella corte no hay más que muertos de hambre, que se quedan pasmados al ver el color de una onza amarilla... Si en todas las cuestiones que tuve con D. Alfonso y en todas las cosas que he solicitado, no hubiese untado con bálsamo de oro á cierta gente, no sé si habría quedado limpio y ganancioso.»

¡Pobre Savalls!

Hay que ser un poco tolerantes con él. Robaba, sí, pero no se guardaba todo; distribuía algo entre los señores de aquella Corte honrada que se desvivía por librar á España de las inmoralidades del liberalismo y que influía para que su digno rey y señor hiciera general, conde y marqués á Savalls, *por cuanto vos contribuisteis*.

Cualquiera de aquellos ministros de burlas, si llega á serlo de veras en Gracia y Justicia, hubieran hecho por cinco duros título, millares de marqueses del Uñate, condes de La Ganzúa y duques del Secuestro. ¡Honrados como ellos!

En Marzo de 1875 aseguró la prensa que, valiéndose de un banquero de Barcelona, había girado Savalls al extranjero 300.000 francos, es decir, millón y medio de reales próximamente, producto del sistema calificado por Dorregaray de *bandolerismo armado*.

Aquí se demuestra que el explotado (?) Savalls robaba ciento y daba diez.

Hasta los extranjeros que habían venido á combatir por D. Carlos, unos por fanáticos, otros por memos, muchos por perdidos, se escandalizaron de lo que pasaba en el campo carlista.

Al saber el jefe de la maestranza de los facciosos, marqués de Gualingey, y el conde de Cottohogon que el hierro que se empleaba en la fundición de cañones era robado, dijeron con energía á Lizárraga, «que él, como otros extranjeros, habían venido á sostener una idea, no á ser ladrones»; lo cual le valió ser arrestados por D. Alfonso.

¿De qué modo no andaría el asunto de ochavos en la Corte de D. Carlos, que, cual si fueran anejas á las funciones de rey, él se afanaba por desempeñar las de *ordenador de pagos y tesorero*? ¿De qué modo no andaría, repito, cuando hasta su mismo secretario, D. Emilio Arjona adulador de oficio, escribió á un amigo?

«Por supuesto, que si logra usted hacer luz en los *peregrinos asuntos del partido*, merece usted una estatua.»

Ahora se comprende la verdad de aquella frase de otro carlista, que calificaba á D. Carlos y su camarilla, de *gentes que al orar extienden la mano para pedir*.

Y ocurriendo en la Corte esto, y siendo D. Carlos el primer dilapidador, ¿cómo extrañar que los cabecillas, donde Savalls hasta el cura de Flix, pasando por el ladronazo Cucala, robasen á todo bicho viviente?

En el verano de 1874 estableció una

partida carlista una ruleta en la frontera española por la parte de Seo de Urgel, en comandita con algunos franceses, en la que desplumaban á los incautos, dando lugar á que las personas sensatas del carlismo exclamasen:

«Ladrones y barateros impudentes, hablan de religión y moralidad, y fomentan un juego inmoral que es la ruina de centenares de familias honradas. He ahí, prácticamente, á esos hombres funestos, que han encendido la guerra civil; dicen con el mayor descaro que se han levantado para exterminar la demagogia, y ellos son los demagogos más desenfrenados.»

Y no se contentaban los carlistas con robar: destruían lo que no podían llevarse. Los anarquistas son niños de teta comparados con los carlistas cuando de destruir se trata.

Era en ellos tan poderoso é irresistible el instinto de destrucción, que no se tomaban siquiera la molestia de ocultarlo.

El órgano oficial de D. Carlos excitaba en Julio del 75 á sus correligionarios á que destacasen partidas sueltas para destruir é incendiar las posesiones de los liberales, recordándoles que dentro de las líneas carlistas tenían hermosas y magníficas posesiones.

Los petroleros de la Commune han sido calumniados. No fueron más que tímidos y modestos aprendices de los incendiarios de la primera guerra carlista, y humildes heraldos de los de la segunda.

Su fama de ladrones traspuso las fronteras.

El corresponsal que *The Times* de Londres tenía en el Este de España, refiriéndose á la conducta del carlismo en aquella comarca, dijo en una de sus correspondencias de Octubre del 74:

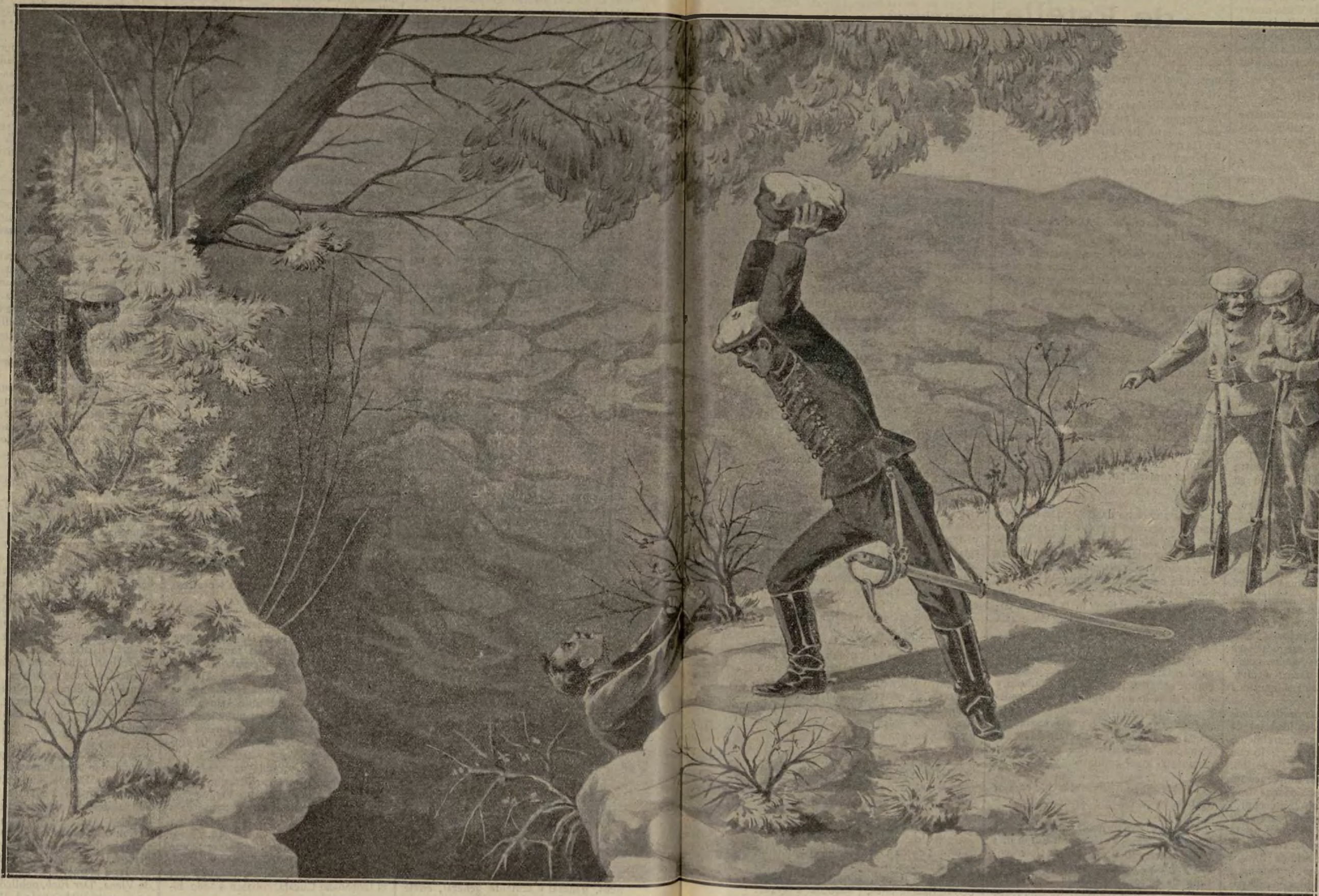
«Las partidas del Pretendiente son bandas de ladrones y asesinos, cuyo principal objeto es el saqueo, puesto que tan pronto entran en cualquiera población sólo se ocupan en robarla.»

Y añadía que los trajes y el lenguaje de los carlistas estaban en relación con sus fechorías; haciendo constar, con referencia á datos positivos, «que ascendían á 25 milloneros las pérdidas» causadas al ferrocarril de Valencia, además de haber tenido 77 empleados heridos y un muerto.»

Y cuando no robaban, timaban con el cartucho de perdigones del legitimismo, no sólo en España, sino en toda Europa. Sacaban dinero á cuantos lo tenían, y con tal descaro, que se enteraba todo el mundo.

Con motivo del regalo de 300.000 florines hecho por la princesa Windischgratz á la esposa del Pretendiente para ayudar á la guerra, el periódico satírico de Viena, *Der Floh*, publicó una caricatura, en la cual se veía á D. Margarita recibiendo de manos de la otra el talego con el dinero. A la derecha se veían los

EL MOTIN



1873.-Rosa Samaniego tirando piedras á una de las 400 y pico de personas que arrojó vivas, con aplauso de D. Carlos, á la síma de Igúzquiza.

carlistas incendiando las propiedades, exhortados por un cura, y á la izquierda una multitud de infelices de Viena muertos de hambre y de frío, dirigiéndose en busca de un asilo benéfico para no perecer en medio de la calle, mientras la princesa se llevaba el dinero para fomentar la guerra en país extranjero.

Después del parto...

Y el caso es que nadie puede llamarse á engaño en este punto; los mismos carlistas se encargan de propalar y demostrar que son unos ladrones.

Referiré algo de lo mucho que los residentes en Bayona solían decir en sus reuniones del café Farnier en Junio del 74:

«Quién aseguraba que la guerra le había arruinado; otro decía que si él no compra municiones de su bolsillo particular, sus tropas hubieran carecido de ellas; éste aseguraba que Ollo y Radica tenían ya buenos cuartos en el Banco de Londres; aquél, que Dorregaray y Mendi-ry se peleaban siempre por cual había de entrar primero en tal ó cual pueblo para apropiarse la contribución que se sacara.

También convenían en la ineptitud de D. Carlos, «que no hacía más que jugar al rey sin exponerse, y con su camarilla explotar á los legitimistas franceses, á la clérigalla estúpida de todas las naciones y trasladar á su bolsillo el dinero de casi todos los cepillos de las iglesias de España destinado al culto ó á otra cosa por el estilo. Estos fondos se repartían entre los paniagudos, que habían hecho su agosto.»

Así hablaba aquella turba de buscavidas y ladrones los unos envidiosos, fracasados los otros.

Vivir de la causa

«Hay en el partido carlista (escribía uno que pertenecía á él), una entidad magnífica y sublime que se apellida *la causa*! Muchos son los que por ella mueren, y no pocos los que viven de ella; y como la corrupción de lo mejor es siempre lo peor, bien se puede asegurar que en ningún otro partido hay gente como la que en el carlismo se dedica á vivir del sudor y de la sangre de sus queridos correligionarios

Entre la causa y sus inmediatos administradores existe una identidad tal de miras y de intereses, que generalmente no se lleva siquiera contabilidad; lo que ellos reciben, por lo regular sin recibo, se gasta sin cuenta ni razón; porque ¿cómo revelar el importe de trabajos que siempre están en vísperas de un éxito seguro, ni los nombres de personas gravemente comprometidas? Esto no es posible; ante todo el secreto, y vengan fondos para lo que el señor penitenciario de Burgos llamaba, y con razón, *pozo sin fondo*.»

No se estampan las palabras en esos párrafos, pero cada letra grita desatoradamente:

«¡Estafadores, ladrones!»

La corte de Estella

Copia fiel y exacta de la de Oñate en la primera guerra: los mismos chismes, iguales envidias, idénticos odios. Ni en la persecución á los militares pasados del Ejército, ni en la satisfacción de venganzas, ni en el apetito desordenado de dinero, hay diferencia alguna entre las dos.

Lo que la de Estella era, van á decirnoslo, D. Carlos en primer lugar, y luego sus generales más conspicuos y sus cabecillas más renombrados.

He aquí lo que decía D. Carlos de sus generales:

«¡Cuánto tipo hay en mi partido! Bien puede decirse que es el más típico y pintoresco de todos los de España y que ninguno le iguala en hombres raros y bufos. ¿Quién era capaz de contener la risa ante Velasco, aquel extraordinario sombrero de Burgos, elevado á la categoría de general carlista? Lleno siempre de pomadas y cosméticos, creía tener un gran aspecto militar atusándose las guías del bigote.»

«Gamundi sirve para llamarlo á Paris, comprarle un coche simón y colocarle en el pescante, porque ya tiene la cara de los del oficio; no le costará nada aprenderlo, y aunque le costase, la gente al verle lo tomaría por un simón de toda la vida.»

«Tristany es un danzante que no sirve para el cargo que le había dado en Estella, que era decirme cada día las mayores pestes posibles de todos los carlistas que conocía. Como militar es tonto y cobarde, como político imbécil; sólo como maldiciente vale alguna cosa, no mucho, pues aunque tiene mala lengua, como es tan zopenco, la maneja sin gracia y de un modo muy burdo.»

«¡Castells! Es un viejo que no sirve para nada; un tuno que no hace más que emborracharse, jugar, pedirme dinero y quejarse de lo que hago por sus compañeros; un miserable envidioso que no puede sufrir que nadie prospere sino él, y que varias veces me ha fastidiado enviándome memoriales que he destinado siempre al lugar común.»

«Valdespina no sirve más que para ir vestido de general y pedirme cruces.»

«Algarra, con su hotel, sus riquezas y los treinta cuentos que aprende cada mes para recitar uno al día, es tan típico como Valdespina. Lo bueno es verlo el último día de los meses de 31, porque como ya se le han acabado, ha de repetir el primero.»

«¿Y Mogrovejo? Al principio de la

guerra imaginábamos que este general se había de comer al mundo; después se vió que no servía más que para comer sopas y calentarse.»

«No hablemos del general La Plana, porque en mi vida he visto un viejo más hipocondriaco, más inútil y chiflado. ¡Qué posma! ¡qué roedor! ¡qué cargante! No creo que se hallase en el resto del mundo un ser más abrumador. Le di la dirección de la artillería y mejor hubiera desempeñado la del fastidio y aburrimiento universales.»

«Lizárraga es un charlatán hipocritón más cobarde que un conejo; tiene mucha envidia y mala baba; emboba á los curas comiendo atrocemente y hablando de los milagros que la virgen de los Dolores le ha hecho; no vacila en mentir cínicamente para calumniar á sus enemigos y envuelve á quien le estorba en unos enredos que pasma.»

«Argonz, el que vendía casullas antes de ser general carlista, es el hombre más alto, más delgado y más gallina que he visto en mi vida. Su cobardía sólo se puede comparar con su estatura.»

«Dorregaray es un traidor, y cada día me arepiento más de no haberlo mandado fusilar antes de salir de España.»

Por su parte, D. Alfonso decía:

«Cataluña estaba llena de bandoleros, y el Centro de ladrones y traidores. ¡Cuánto sufrimos! Savalls nos atormentó mucho. ¡Qué malo es! ¡Qué perverso! A pesar de esto, más nos hizo sufrir Lizárraga en el Centro. ¡Qué cobarde é hipócrita era aquel hombre! ¡Qué antipático y danzante! Ciertamente no se puede aguantar á Savalls, porque es el más grosero é insolente de los hombres; pero, al menos, mientras anduvimos con él nos hería de frente; Lizárraga atacaba á traición.»

Y el Pretendiente añadía: «Lizárraga era un imbécil.»

«Dios me libre, agregaba D. Alfonso, de verme nunca más rodeado de aquel atajo de perdidos que hacían la guerra en el Centro y Cataluña; hombres sin escrúpulos, sin educación, sin talento, sin probidad, sin valor ni convicciones, y que sólo se ocupaban en recoger dinero y comer buenos bocados.»

He aquí ahora lo que generales y cabecillas decían de D. Carlos, de D. Alfonso y de D.ª María de las Nieves; y lo que decían unos de otros:

Decía Castells, hablando con Dorregaray de lo que ocurría en Cataluña:

«Aquí no hay ejército, ni armamento, ni municiones, ni dinero, sino gente que lleva malos fusiles, ladrones y asesinos que se llaman jefes, y saqueos á granel que tienen el nombre de operaciones. Si D. Carlos fuese otro se hubiera hecho algo, pues al principio había elementos.

Pero como es un tuno, un imbécil, un miserable, un canalla, que no tiene de príncipe sino el nacimiento y de rey el título, las cosas de Cataluña están perdidas.

«El mando ha estado hasta ahora dividido principalmente entre Tristany y Savalls. Tristany es un vividor, un hipocritón, un cobarde y holgazán, más bien nacido para canónigo que para militar; se hace llamar conde de Aviñón, y hasta los perros se mean en él. Toda su guerra consiste de ir de pueblo en pueblo y de masía en masía, alojarse en las mejores casas, comer bien, charlar con las patronas, echar requiebros á las chicas, y estar lo más lejos posible de las columnas. ¡Qué tipo! Así que entró en la Seo no se movió más de ella, y perdía el tiempo recibiendo á los curas, aceptando comilonas, y dándose tono por las calles con la faja á cuestras. Ahora lo han llamado al Norte, donde nos perjudicará cuanto pueda. Es un envidioso y maldiciente, que en Estella no parará un momento de hablar contra los que hemos quedado aquí, pintándonos como traidores, cobardes, ladrones, ineptos. De un puntapié lo echaría á la calle otro que no fuese D. Carlos; pero este danzante se complace en oír murmurar de los que mejor lo sirven.

«Nos ha caído un rey, que ni para las ranas vale. ¡Y pensar que queremos regalárselo á España para hacerla feliz! Mil veces prefiero la demagogia más desenfrenada. Y no digo esto porque ahora esté lejos, pues del mismo modo se lo espeté un día por escrito. Al principio de la guerra le mandé un papel donde le cantaba las verdades más duras. Crean ustedes que es una mala vergüenza tener por rey á D. Carlos.

«He tomado parte en esta guerra sin fe, sin esperanzas, ni entusiasmo, y á pesar en ello me he batido de veras, prescindiendo de todo. Ahora haré lo mismo.

«Si se acuerda que avance, y me rompa la cabeza, lo haré con toda mi alma, porque soy perro viejo, y lo mismo me da caer de un balazo, que de una calentura. A mi edad se ríe uno de todo. Ahora tengo cifrada toda mi dicha en tomar un polvo. Aspirando el tabaco me olvido del tunante de D. Carlos, de las majaderías de Tristany, de las perrerías de Savalls, en fin, de todo; y tanto se me da de lo blanco, como de lo negro. Cuando estoy más cargado, saco mi cajita y mi pañuelo de cuadros, aspiro mi toma, me sueno, y ya está el hombre tan tranquilo como un canónigo. ¡Pardiez, á mi edad ya no se hace caso de nada!»

«En mi vida he visto un foragido de calibre igual que Savalls. ¡Qué murrí, qué farsante, qué pillastre, qué *barret de riallas*, qué danzante! Toda su reputación es una comedia grotesca. No hablémos de sus títulos de nobleza, porque si el rey continúa ennobleciendo á la gente de aquella estampa, cuando reine los licenciados de presidio esconderán la bolsa al ver pasar á los nuevos condes y marqueses.

«¡Ese Savalls!... Desde que está aquí, no se ha ocupado sino en robar. La tercera parte de lo que ha cobrado la ha retenido para sus negocios particulares, con esto ha pagado á los que le daban bombo en los diarios, ha comprado á los que tenían influencia en la corte, y se ha hecho un fondo de reserva para cuando haya de emigrar. Lo sé de cierto... Por esto ha llegado á ser célebre y á obtener los títulos de conde, marqués, teniente general y capitán general de Cataluña. Aunque sea un borrico, en estas cosas no es tonto. Ha mandado, dejando hacer á cada cual lo que le daba la gana, lo mismo á los jefes que á los individuos, y así está ello. Cada jefe tiene un rey en el cuerpo y toman por donde mejor le cuadra; y los voluntarios roban, asesinan, violan, incendian, y cuando no saben de dónde sacar dinero, venden el fusil. Voluntario ha habido que ha vendido su magnífico remington por veinte y hasta por diez reales. ¿Qué le importa á Savalls? Su teoría es: robad y dejadme robar sin meteros conmigo.»

Opinión del coronel carlista Guiu sobre lo que pasaba en Cataluña:

«La guerra por nuestra parte está agotada. Casi todos los jefes no piensan más que en robar y adular á los poderosos. No se hacen movimientos ni combinaciones. El favoritismo y la intriga dominan. No se paga á la gente, y para que calle y aguante, se le deja cometer tropelías. Yo tengo sobre esto una disciplina severa. Pago tan exactamente como puedo, no me meto un cuarto en el bolsillo, y llevo las cuentas limpias. No le perdono á mi brigada el menor desmán, y ¡vive Dios! que si me dijeran del mejor voluntario que había asesinado á alguien, ó violado á una mujer, lo hacía en seguida matar á palos. Conmigo no pasan estas cosas, porque quiero volver en la paz á cualquier parte donde haya estado en la guerra. Pero los otros jefes piensan y obran diferentemente, y en el ejército de Cataluña hay un *robatorio* tan escandaloso, que pasa de la medida. Nadie piensa ya en la guerra, sino en holgar y divertirse; nuestro ejército baila más que se bate, y parece creer que los enemigos han de venir á rogarnos que tomemos sus armas y nos dignemos ir á tomar sus plazas fuertes; de modo, que si el gobierno liberal hubiera seguido los impulsos de las poblaciones, ya habríamos tenido que huir á Francia.»

Gamundi se expresaba de este modo:

«Los de Maella no podemos guardar en la boca lo que nos sale del corazón, y allá tenemos que echarlo, aunque produzca un terremoto. Además ¿por qué he de callarme al tratarse de D. Carlos? ¿qué tipo es ese para tenerle respeto? ¿no habla él también mal de mí? ¿no pronuncia mi nombre con las palabras más depresivas? Pintándolo tal cual es, hago el menos favor á los españoles, porque pruebo que si muchos somos bastante es-

túpidos para defenderle, al menos tenemos el tupé de desacreditarlo.

«No hay muchos que conozcan bien á D. Carlos... D. Carlos es tonto, bestia, animal, majadero, fatuo, deslenguado, imbécil, cobarde, envidioso, lujurioso, glotón, vanidoso, traidor, bajo, ridículo, bárbaro, tuno, hipócrita, desleal, embustero, miserable... ¡que sé yo todo lo que es!... En un año no acabaría si quisiese contar todos sus defectos y malas cualidades, y antes me faltarían las palabras que la materia. ¿Y los que le rodean? ¡Qué corte la de Estella, y qué tipos y qué atajo de perdidos! Si yo no me hubiera puesto la boina en la primera guerra, á fe que hubiera plantado esto y vuelto á Francia donde paso divinamente el tiempo repicando al fandango y pescando con caña. Pero hice la primera trastada y ahora la honra exige que continúe disparando. Pues ¡viva Carlos VII, y caiga Carlos VII en el descrédito!

«Don Carlos es capaz de todos los vicios, de todos los crímenes, de todas las maldades, de todas las ingratitudes, de todas las necedades, de todas las infamias, de todas las ridiculeces, de todas las canalladas que se pueden imaginar, y aun de muchísimas más. Desde que despierta hasta que se duerme no piensa sino en cómo hará daño á uno ó á otro; qué mal dirá de éste; qué partida serrana podrá hacer á aquel; cómo se deshará de uno; de qué modo convertirá al uno en perro rabioso; si podrá deshonorar pronto a fulano; qué emboscada tenderá á zutana y mengana; y así siguiendo. No se ocupa de política, ni le importa mucho subir al trono; se divierte con nosotros como con las mujeres y los cortesanos; nos tiene por muñecas suyas, y se entretiene en vestirnos y desnudarnos, mimarnos, rompernos y tirarnos sucesivamente. Esto lo sabemos todos los carlistas; pero yo lo digo, porque soy de Maella, y tanto se me da que D. Carlos lo sepa, como que lo ignore. Al fin y al cabo, ¿no dice él de mí que tengo facha de cochero? Pues el mismo derecho tengo yo para decir el alma que él tiene. Si no fuese carlista desde la primera guerra, no militaría en sus filas; pero la consecuencia me obliga á continuar, y siga la broma. Me río del resultado, porque tengo tres propiedades que me ponen á cubierto de todo, y son la cárcel, el hospital y el cementerio.»

Cuando hablaba con carlistas jóvenes, decía Gamundi:

«Si yo tuviere vuestra edad ¿qué había de ser carlista? Vale más estar como un cura en los infiernos (era su frase favorita) que llevar boina. Esto era bueno allá el año 37, que la mayor parte de los españoles éramos unos lanudos; hoy es un gran disparate. ¿Qué demonios esperaréis de esos tunantes de Estella y sobre todo del que los protege? Ni triunfaréis, ni aun cuando triunfárais, aquel memo haría caso de vosotros, que le habríais dado la victoria. No extrañéis, chicos, que os hable así el brigadier Gamundi,

porque, como de Maella, es franco y cordial.»

Gamundi era apasionadísimo por Cabrera (había sido su capitán de miliones); sentía por él verdadero fanatismo.

«Si él nos mandase, decía, ¿a dónde hubiéramos ya ido a parar? Creo que ya nos hubiéramos comido todo el mundo, cuanto más a los liberales. Pero bien considerado, ha sido mejor; pues en último resultado sólo aprovecharía a D. Carlos, quien a estas horas se hallaría en Madrid haciendo de las suyas; y aunque yo me bata por la causa, he de confesar que el triunfo de ese tunante sería el peor azote de España. ¡Pardiez! D. Ramón no ha querido tomar las armas por el rey, y ha necho bien. Un tipo como D. Carlos no merece tanto de un grande hombre como Cabrera. Además, ¡si lo ha tratado tan mal!... ¿A quién se le ocurre imaginar que Cabrera sea un carlista como cualquier otro y que no merezca la mayor veneración? Francamente, me alegraría de ver a D. Ramón mandándome de nuevo; pero lo sentiría por el favor que haría a aquel imbécil.»

Dorregaray, a pesar del cariño que profesaba a D. Carlos, al verse abandonado en el Centro y calumniado por él y su asquerosa camarilla, no podía por menos de exclamar en el seno de la confianza:

«No espero nada porque conozco las cosas. Mi trabajo y fortuna me han hecho en el Norte muchos enemigos acérrimos, y entre ellos uno de quien lo temo todo, a pesar de lo que me debe; sin ésta, las demás enemistades me tendrían sin cuidado; pero esta es terrible, es disimulada, es implacable, es sangrienta, es feroz; aunque no la temo, porque con la razón no temo nada ni a nadie, confieso que puede echarme a perder.»

Y queriendo disculpar al Pretendiente, añadía Dorregaray:

«D. Carlos no ha sido educado cual convenía, y ahora los que le servimos lo pagamos. Apenas un carlista se distingue, el rey toma celos de él; imagina que hace poca figura a su lado; le teme, le observa y hace espiar; pesa sus palabras, desconfía de sus expresiones y actos más inocentes; supone que quiere imponerse; le coge odio, lo detesta, lo aborrece; le declara sordamente una guerra a muerte; lo compromete de mil modos; fomenta contra él todas las envidias, todas las contrariedades y obstáculos, y no sólo lo hunde, sino que, al verle caído, lo insulta y deshonor. Pero no se puede decir en voz alta, porque los liberales lo aprovecharían. Esto debemos saberlo nosotros, para nuestro gobierno.»

Al decirle el amigo a quien se confiaba que quizás el mal se remediaría, porque D. Carlos le haría justicia pasada la época de mala voluntad, Dorregaray le contestó tristemente:

«No lo creo; los odios de esta familia

real son eternos y se transmiten de padres a hijos. ¿No sabe usted como hablan del ilustre Zumalacárregui, que tanto hizo por ella, y que murió por culpa suya? Del mismo modo que el de D. Carlos del año 35. Todavía le odian a muerte, todavía dicen que era muy orgulloso, que quería mandarlo todo, que no respetaba ni al rey; y no contentos con esto, hacen chacota de su genio militar, despreciándolo como una cosa exagerada y supuesta. ¡Pobre D. Tomás! ¡Si oyera lo que dicen esos jovencitos que, porque han nacido de una princesa, se tienen por hombres superiores! ¡Si viese cómo lo maltratan, cómo ni su memoria respetan... ellos que deberían venerarla y hablar de él como de un héroe!...

«Pues lo mismo empieza a pasar conmigo, aunque yo no sea un Zumalacárregui. D. Carlos ha dicho que quería imponerme a él, y al instante los ecos de su corte lo han repetido a coro; la frase ha llegado a oídos de D. Alfonso y doña María, quienes se han apresurado a adoptarla, pronunciarla y estenderla; y hoy es ya general en la familia que yo quería imponerme, ser el verdadero rey, y convertir en pantalla a D. Carlos. Verá usted cómo dentro de algunos años los hijos de éste lo repetirán como la cosa más corriente del mundo.»

Parecer el general Mendirry sobre la prisión y causa formada a Dorregaray de orden de D. Carlos:

«La calaverada del carlismo ha terminado y quizá no sobreviva a su vencimiento. Los que hemos peleado por él de buena fe, nos hemos lucido; después de sufrir en disgustos y en privaciones lo que cada cual se sabe, ahora nos toca pagar aquella locura. Así no hubiésemos salido nunca de nuestras filas. Creíamos que D. Carlos era un hombre, y hemos hallado que ni tiene sombra de tal. Todos somos víctimas de su carácter perverso. Lo peor que podemos desear contra nuestros enemigos, es que se hagan carlistas.

«¡Pobre Dorregaray! ¡Quién se lo había de decir! ¡Un hombre tan digno, tan leal y desinteresado, verse ahora preso como un malhechor, encerrado, incomunicado y corriendo peligro de morir en un cadalso, acusado de una traición absurda y ridícula! ¡Qué escarmiento! Sí, lo repito; la peor venganza que podríamos tomar de un enemigo, sería persuadirle a que se hiciese carlista. En cuanto a los adversarios que tengo en estas filas, no me preocupó del desquite: D. Carlos se encargara irremisiblemente de vengarme de ellos.»

Reflexiones de un alto jefe carlista al ver el villano proceder de D. Carlos con Dorregaray:

«He aquí un cuadro, me decía yo, en el cual hay mucho que aprender. Este hombre lo ha hecho todo por D. Carlos, y ahora recibe tal paga, que sólo un villano se la daría. Toda la importancia del carlismo deriva de sus talentos, de su

actividad, de su valor y pericia, lo cual, lejos de salvarle, lo ha precipitado en un abismo, donde debate con el descrédito y la muerte. Es un gran ejemplo que no debo olvidar.»

Juicio que al beato Lizárraga merecían D. Alfonso y D.^a María de las Nieves, vulgarmente conocida por D.^a Blanca:

«Sus altezas se han portado indignamente conmigo, me han arinconado, me han burlado, me han desacreditado, me han puesto en ridículo. Sobre todo aquella mujercita D.^a María, se ha ensañado con una crueldad de hiena. No se ha seguido ningún plan de los que propuse, no se me ha dado cuenta de nada, y cualquiera de aquellos masones de la corte sabía y dirigía más que yo; que yo, que soy tan católico y carlista; que yo, que he hecho tantos sacrificios por el partido; que yo, que soy el único que ha de llevar a S. M. a Madrid. ¡Ah, el corazón me brama al recordarlo!

«Nadie sabe qué mala alma tiene aquel cachito de mujer. Imagina ser un general, hace planes de campaña, dirige operaciones, se mete en el bolsillo a su marido, distribuye las censuras y los elogios, niega y concede recompensas, extiende nombramientos... Valdría más que fuese a cuidar de la vajilla de su casa, o a aprenderlo si no lo sabe.

«Esto es una babel. Y de todo tienen la culpa sus altezas. ¡Qué calamidad! Son peores que los liberales. D. Alfonso es un presumido, y su mujer una marisabidilla que le lleva los pantalones y lo ridiculiza delante del ejército. El Centro sería un baluarte inexpugnable si hubiera estado dos meses en mis manos. Pero Lizárraga no era masón, sino católico, carlista y devoto de la Virgen de los Dolores y de S. M. ¡Pues abajo Lizárraga, caiga Lizárraga, muera Lizárraga!

«La guerra está encargada a una porción de chiquillos, que no sirven más que para limpiarse los dientes y servir el chocolate a SS. AA. Aquella mujer fanesta lo ha demolido todo. Para ella las más bonitas y jóvenes son los más valientes y aptos. El que no sabe peinarse bien, rizarse el bigote y hacer elegantes reverencias, queda arrinconado.

«¡Pensar que yo podía haber ido a Madrid, que ya tenía hecha la combinación, que el movimiento era seguro, infalible como Su Santidad, y que todo se perdió porque D.^a María tuvo el capricho de aprender a hacer cacharritos y no quiso salir del pueblo donde estábamos hasta que supo hacerlos! ¡Oh, Santa Virgen de los Dolores, cuánto he sufrido! ¡Malograrseme una operación que había de immortalizarme, porque aquella chiclela presumida, aquella marisabidilla andante quiso fabricar pucheros y tapaderas de alfarería! ¿Cómo ha de hacerse así la guerra?»

Al despedirse D. Alfonso y D.^a Blanca para irse a Francia desde el Centro, oyéndoles un general hablar pésimamente de

D. Carlos, formuló Lizárraga este duro juicio:

«¡Qué familia, qué gente y qué almas! ¡Y pensar que esos hombres están al frente de lo que llaman el partido de la legitimidad, de la moralidad, de la religión y del orden! ¡Y pensar que hacen la guerra, y que han hallado un gran número de españoles bastante obcecados, bastante inexperimentados y aturdidos para seguirlos y batirlos contra nuestros mismos compatriotas!»

He aquí cómo se expresaban varios carlistas importantes de Cataluña refiriéndose á D.^a María de las Nieves.

«Doña María, decía uno, nos ha hecho mucho daño en Cataluña; porque, lo que todos decíamos: si esa señora es una princesa, ¡qué poco favor se hace andando de ceca en meca con esa gente! ¿No conoce que esto la compromete? ¿No ve que no le está bien? ¡Una señora vistiéndose de cantinera, y si no de cantinera de un modo aproximado, corriendo por esas montañas entre tanta pillería y gentuza mal hablada! Crea usted que toda Cataluña esta escandalizada; y que no sólo se burlaban de ella las mujeres del pueblo y las señoras de los liberales, sino que las mismas señoras carlistas la criticaban, diciendo que se conocía que era una señora sin educación que se estimaba muy poco, y que más cuenta le hubiera tenido estarse en su casa.»

«Además, decía otro; lo que aquí también ha hecho muy mal efecto, es que tanto ella como su marido, pero ella sobre todo, consintieran aquellos grandes fusilamientos de Ripoll y Berga, dejando asesinar con tanta indiferencia á los infelices que habían capitulado con la vida salva. Nuestras mismas mujeres decían, señor general, y á fe que son carlistas de veras, que D.^a María demostró entonces no tener entrañas de mujer, sino de hiena, y que era imposible dejar de sentir horror é indignación hacia ella, viendo cómo había tolerado que se fusilase á tanta gente en su presencia. La mía exclamaba que la mujer que había podido resistir esto sin sufrir ni un desmayo, no era una princesa, ni una señora, ni una mujer, sino un monstruo, un ser horrendo y repugnante en figura humana, digno del odio de todas las personas, sin distinción de partidos.»

«Y no le decimos á usted nada, añadía otro, de los comentarios que se hacían sobre la frescura de D. Alfonso en consentir que su mujer anduviese por estos andurriales en tan buena compañía. Lo menos que las señoras decían de él, es que era un simple y un mentecato; porque el marido que tiene dos dedos de juicio y una sombra de vergüenza, no tolera estas cosas por ridículas, impropias y peligrosas.»

Savalls, á su vez, juzgaba así á la pa-

«¡Qué par de tipos! Como D. Alfonso no ha tenido el talento de hacer que doña María le diese hijos, vinieron á Cataluña para distraerse y divertirse, y yo pagué la esterilidad de la señora. Aquel tipejo de mujer nos tenía cargados con sus pretensiones de heroína andante. ¡Y el avestruz de su marido admirándola como á un serafín guerrero!»

«Son dos muñecas que sólo sirven para hacer cortesías y tutear á la gente. Ellos fueron la causa de los grandes fusilamientos de Ripoll y Berga, que los liberales me cuelgan á mí, como si yo hubiera sido entonces el general en jefe. No, todo se hizo por orden de D. Alfonso y consejo de D.^a María; yo sólo fui el instrumento de que se valieron. D. Alfonso propuso los fusilamientos á su mujer; ésta los aprobó como medida de buen efecto contra los liberales; él vaciló en el momento de dar la orden, y ella le instó con tanta energía, que al fin cedió, y me mandó pasar por las armas á los 140 ó 150 carabineros y voluntarios que habían capitulado bajo promesa de salvarles la vida.

«Doña María es una mujer sin corazón. En los campos de batalla, y ante el cadáver se complace en ver la sangre humana, y mira los cadáveres con sonrisa irónica. Cuando atacamos á Puigcerdá, gritaba con su voccecita: *¡Petróleo, voluntarios, petróleo, petróleo!* Después del combate de Alpens, al pasar por delante del cadáver de Cabrinety, que estaba tendido en calzoncillos cerca de un muladar, D.^a María lo miró atentamente, y soltó una pequeña carcajada. Más adelante, en el ataque de Caldas de Montbuy, decía que en entrando dentro haría echar á los diputados provinciales que la defendían al agua hirviendo de las termas, y después tomaría un baño.

«Es un pequeño tigre. Considera á los hombres como una distracción para su real espíritu, y los sufrimientos y la sangre ajenos le deleitan y ayudan á pasar bien el tiempo. Cuando ve un combate, no sólo se interesa por las vicisitudes de la lucha, sino que también se complace en observar los gestos de los que caen muertos, las quejas de los heridos, y el aspecto de los difuntos. Varias veces noté que al ver D.^a María bambolearse á un carlista herido, se sonreía como si le hiciera gracia, y que al pasar por donde había cadáveres, se entretenía en mirar las posiciones y actitudes diciendo: «¡Qué ridícula facha tiene aquél! ¡Este me da gana de reír! ¡Aquél está mejor! ¡Qué arrogante ha quedado estotro! ¡Es curioso ver un campo de batalla!» Yo he visto pasar por delante de ella á más de dos que iban á ser fusilados, y ella, en vez de compadecerse, se divertía estudiándoles la cara, para conocer «cómo tendrían las tripas en aquellos momentos.»

«He conocido muchas personas crueles, porque en tantas guerras é intentonas, ve uno de todo, en lo bueno y lo malo. Pues aseguro que hasta ahora no había hallado un tipo tan odioso como doña María. Y repugna más, porque es una

mujer sanguinaria y cruel en un tipo pequeño, delicadito, frío, finito, que habla con una voccecita agradable, que se sonríe con amabilidad y tiene aficiones artísticas. Al principio se cree que aquella damita, aquella señorita tan delgadita y vaporosa, ha de desmayarse á la primera gota de sangre que vea, y luego se ve que no sólo no se desmaya sino que se distrae y divierte viéndola salir á borbotones de un herido, ó de un muerto que acabe de caer. Y es que, como se cree de un linaje superior al de los demás mortales, toma á la humanidad como un juguete, y cuanto más fastidiados estamos nosotros, más gracia le hacemos, más la distraemos y más interesantes le parecemos.

«D. Alfonso es tan memo como D. Carlos; sólo que no es tan vicioso porque tiene menos temperamento. El príncipe está completamente supeditado por su mujer, que hace de él lo que quiere, simulándolo un poco. Donde estén D. Alfonso y D.^a María, no hay que preocuparse de D. Alfonso, porque el general en jefe es ella. El marido hace lo que le dice la mujer. Son dos tipos que parecen nacidos y criados para vivir unidos; don Alfonso tonto y bobo, y ella presumida y de malas entrañas; el marido con una boca que apesta (no hay quien pueda aguantar de cerca ni de lejos aquel alienato asqueroso), y ella medio tísica, delgada y raquítica.

«Esta familia está dejada de la mano de Dios. A mí me hicieron sufrir mucho, porque al llegar imaginaban ir á la Granja á pasar un verano delicioso entre diversiones y entretenimientos; y como entonces teníamos encima á aquel brutazo de Cabrinety, que nos amolaba de día y de noche, sin dejar dormir ni parar á nadie, calcúlese cómo estaría yo llevando conmigo á aquel par de títeres. Así es que hice cuanto pude para deshacerme de ellos.

«Con la misma tranquilidad ve D.^a María fusilar á una docena de prisioneros, ó desafectos, que violar á dos docenas de mujeres. A mí me han cargado los liberales todos los excesos que nuestras tropas cometían, mas sin razón; quien me echó á perder la gente fueron los príncipes. ¿A qué no se atreve la soldadesca al ver que el general en jefe y su esposa, hermanos del rey, mandan degollar á la gente á quien se ha prometido la vida en una capitulación, y tomar las poblaciones incendiándolas con petróleo? Pues he ahí el origen de todos los desmanes de mis tropas. La prueba está en que, apenas aquel par de fantasmones fueron al Centro, pasó allí lo mismo, como se ha visto, sobre todo en la entrada de Cuenca, donde se robó, asesinó y violó en presencia de D. Alfonso y D.^a María, que lo estuvieron mirando con mucha frescura y tranquilidad. ¡Buen par son ambos!»

«Bien mirado, esto no tiene nada de particular: son cosas de familia. El mismo D. Carlos, ¿no es tan malo como ellos? Y D.^a Margarita ¿vale algo más

por ventura? Es enfermedad de raza; Dios los ha hecho todos así, y no pueden ser otra cosa. ¡Qué tipo D. Carlos! ¡qué necio! ¡qué tonto! ¡qué presumido! ¡qué vicioso! ¡qué pérfido y majadero! En mi vida he visto cosa igual. D. Alfonso es tan memo como él, pero como tiene menos fatuidad, no cnoca tanto. Pero D. Carlos?... ¡Si este hombre no es más que una pícara caricatura del género humano! Cuando ahora lo vi en Estella, no abría la boca que no rebuznase ó hiciese ¡mu! ¡mu! ¡mu! Si le hablaba de mis operaciones, contestaba *glorificat en maitines*, como decimos los catalanes.

«Y qué diremos de los tipos de su corte? ¡Jesús, qué caras y qué holgazanes se ven allí! ¡Ah, cuánto zurriagazo les hubiera dado yo, á mandar! Siempre atisbando quien les echa dinero, porque entre todos juntos no pueden reunir una peseta; siempre murmurando de quien entra y sale, de quien habla y de lo que dice; muertos de hambre, de rencor, de envidia; escuálidos, sucios, tontos y pillastrones. Con dinero se alcanza en la corte todo lo que se quiera, por absurdo que sea: basta distribuir entre aquellos famélicos un poco de *conquibus*. El que quiera ser Patriarca de Indias, aunque sea casado, le mandarán la Real orden.

«Yo, la verdad, me he desengañado y casado de todos; D. Carlos, D. Alfonso y su mujer me dan asco y estoy convencido de que la guerra está perdida. No me voy, porque el honor es honor, y habiendo entrado y seguido, me toca acabar; que si no fuera el honor, Savalls ya estaría tranquilo en su casa. De todos modos esta es la última guerra carlista en qué tomo parte. No salgo más, aunque el triunfo dependa de mi aparición.»

Cuando Savalls fué relevado por Castells, después de la toma de la Seo, habló de esta manera:

«D. Carlos me ha relevado, dando el mando á Castells. Yo le quedo muy reconocido por este favor. No creo que Castells se envanezca de su nombramiento, porque ahí queda como el sepulturero del carlismo catalán. Que lo entierre bien, y que se vuelva á casa. El pobre Castells será la última víctima de la corte de Estella.

«En cuanto á mí, me voy á Francia; y no sólo no volveré jamás á tomar las armas por esa imbécil é ingrata familia, sino que de hoy en adelante enseñaré á mis hijos á odiarla y despreciarla. Además pienso dar un Manifiesto diciendo quién es D. Carlos, explicando mil cosas escandalosas de la corte de Estella, y exhortando á los carlistas á abandonar á aquel tipo renunciando para siempre á la guerra. No quiero que D. Carlos engañe más al mundo y á mi patria.

«En el mundo no se sabe aún quién es D. Carlos; y yo creo que cuantos le conocemos debiéramos unirnos para darlo á conocer, á fin de que todos los cándidos y los ignorantes perdiesen la ilusión, y no se desquiciaran por un tipo que es indigno del más ligero sacrificio y del

más insignificante favor. Opino que debe matarse cuanto antes á D. Carlos, á fin de que nuestro partido se divorcie de él, y tome otro rumbo, ó se disuelva. Los carlistas no podemos ni debemos ya vivir de los recuerdos del 35, de los delirios de una familia ambiciosa y degradada y del fanatismo de un clero que no piensa más que en la Inquisición.»

Savalls no publicó al fin su anunciado Manifiesto, gracias á los consejos de algunos generales y á las súplicas de su hijo.

Juicio acerca del carlismo que emitíó ante un general del partido, un caracterizado carlista de Girona.

«La mayor parte de nuestras tropas y de sus jefes son prototipos de escándalo é impiedad. Los voluntarios blasfeman como carreteros, hacen por la calle los gestos más indecentes á las mujeres que pasan, juegan como perdidos, y dicen pestes de la religión misma; y los ¡fes... entre los jefes no hay uno, uno sólo, que crea en nada. ¡Si al menos lo ocultaran! Pero hacen alarde ello, mofándose del catolicismo y del clero, sin recatarse de nadie. Auguet es ateo y socialista. Es verdad que no da escándalo con sus opiniones, pregonándolas como los otros; pero, al fin, ello es que no cree en Dios, ni en la sociedad; y ya ve usted si es grave que quien defiende la religión, sea de este modo de pensar.»

Resumiendo

Hasta aquí los carlistas, y como nada puedo añadir á sus apreciaciones y juicios, me limito á decir:

Estas miserias, estas rencillas, estos odios, este conjunto acabado de malas pasiones agitaba el campo carlista en los momentos en que las exigencias, los peligros y las necesidades de la lucha demandaban unión, seriedad y alteza de miras. ¿Qué no hubiera ocurrido si el triunfo llega por casualidad, y aquella chusma y aquel fantasmón se ven al frente de los destinos de España?

Las degradaciones, las infamias y los crímenes del periodo decadente en Grecia y Roma, hubiesen parecido virtudes elevadas y sacrificios sublimes comparados con los crímenes, las infamias y las degradaciones que España hubiera presenciado.

¡Y que haya aún quien hable del carlismo sino para maldecirlo y execrarlo!

Irreligiosidad del carlismo

Siempre que los carlistas se han lanzado al campo, lo han hecho tomando por pretexto la defensa de la religión.

¡Hipócritas! ¡Embusteros! Desde don Carlos hasta el último oficial, salvo algún imbécil como Lizárraga, se burlaban del clero; y si no rompían abiertamente con él, era porque entonces les hubiera faltado su primero y más valioso auxiliar.

Sabido es por todos la befa y el escarnio que D. Carlos y los suyos hacían del obispo de Urgel, hasta el punto de que, aun siendo hombre poco avisado y muy fanático, llegó por fin á comprender lo falso de su situación, y en cuanto cayó La Seo en poder de los carlistas en 1874, corrió á su diócesis, no sin haberles lanzado duros cargos en un documento público.

Lo que D. Carlos opinaba del clero, bien sabido es también: lo que ya no trascendió tanto, fué lo que opinaban sus generales.

El más franco de ellos, Gamundi, se expresaba así:

«¡Los curas gobernando á España! Quiera Dios que no veamos esa calamidad, ¡Pardiez! todo es preferible al gobierno y política de los curas: la peste, el cólera, la guerra, el hambre, la sequía, nada son comparadas con la Inquisición religiosa y política.

Yo conozco á los curas, y sé lo que me digo. Si España ha de prosperar, es necesario que relegue los curas á la iglesia; que digan misa, que sermonen, que confiesen, que beban y coman, y... Pero que no gobiernen ni puedan meterse con nadie, porque todo lo oprimen, todo lo malean, todo lo corrompen y echan á perder.

Los curas son peores que la fiebre amarilla, que Satanás, que el infierno y todo lo malo que se puede imaginar. Donde hay curas no hay ni puede haber cosa buena, ro se hace ni puede hacerse nada á derechas, no fructifica nada, no adelanta cosa alguna y todo se pudre y carcome.

Al oírlo, le decían algunos sonriéndose:

—D. Pascual, ¿qué demonio de carlista es usted?

—Ustedes lo han dicho: *un demonio de carlista*, respondía él; pero un demonio particular, pues sobre los diablos y los curas hay mucho que decir. ¡Pardiez! Figúrense ustedes lo que debe pasar cuando un cura llega al infierno. ¡Qué baránda! ¡qué jaleo! ¡qué risas y algaraza entre los diablos! ¡con qué gozo deben cogerle y echarlo á las calderas de Pedro Botero, mientras el cura, todo sofocado y aterrizado, pide misericordia y perdón á aquellas negras y espeluznantes figuras! Yo estoy persuadido de que ningún cura se escapa de ir al infierno.»

Savalls, indignado porque el clero quería prohibir los bailes que de acuerdo con D. Carlos se celebraban en Cataluña y á los que él y los suyos eran tan aficionados, se expresaba en estos términos hablando con otros carlistas en San Quirce de Besora:

«Los curas hacen mucho daño á nuestro partido. Hay quien cree que nos dan vida, siendo así que son el elemento más pestífero que tenemos. Nos ha hecho el clero tanto mal, tanto, que quizás no

exagero diciendo que él tiene la culpa de que no hayamos entrado en Madrid.

Estamos ya cargados de los curas hasta la pared de enfrente, porque los generales y jefes de este ejército, cuál más, cuál menos, no creen en nada de todas las cosas que enseñan; somos gente despreocupada, experimentada y corrida que le hemos ya perdido el miedo al día, al fuego del infierno; y desde el *estudiante murri* de Miret, ese dandy presumido que, después de colgar los hábitos de la higuera se ha venido aquí a hacer el pollo y el guerrero, hasta Auguet, que es hombre que vale mucho, no somos más que un atajo de incrédulos y enemigos de las sotanas: Auguet ni siquiera cree en Dios. Así, pues, ninguno de nosotros puede sufrir a esta gente; yo soy el primero en mofarme de ella y cantarles las verdades más amargas.

No parece sino que esos señores curas nos han tomado por memos y doctrinos. Pues bonita es la gente del bronce que llevamos para andarse con rezos y puñetazos en el pecho.

Lo mismo ha pasado con la majadería de hacernos llevar eso que llaman corazones de Jesús. ¿Se ha visto nada más tonto y animal que un hombre muerto de un balazo y con una reliquia en el pecho que dice: *detente, bala que el Corazón de Jesús me acompaña*? Pues los curas son quienes han inventado esa mojiganga.

Si, digo que nos han matado, haciéndonos odiosos y cubriéndonos de ridículo ante toda España. ¿Cómo hemos de ir a Madrid, si hasta los perros de las calles nos ladran al vernos con esa animada del *Corazón de Jesús*? Yo he hecho mucha propaganda en las filas contra esto; otros me han imitado y ya vamos logrando que los mismos voluntarios se arranquen esa baratija y la tiren con mofa y escarnio.

Como toda reacción acarrea una revolución, en Estella propuse a D. Carlos el remedio de la mala política del clero, que era fomentar bailes y hasta consentir el *cancán* para desvanecer las aprensiones clericales del país; y como el rey lo aprobó como una gran idea, desde que volví a Cataluña sigo esta política, y no bien entro en una población mando a los músicos que *cancaneen* del modo más infernal; y así que hay una fiesta mayor corremos a ella y no sólo permitimos los bailes, sino que nosotros mismos bailamos como alegres diablos.

De este modo he logrado contener un poco el daño que nos hacían las exageraciones del clero; y si éste no dijese en voz baja que lo hacemos para engañar a los tontos, y que cuando mandemos se prohibirá bailar, mejor nos iría. ¿Qué amor propio tienen esos hombres que nunca, ni por nada, quieren parecer vencidos! Si no fuese por esto, hubiéramos logrado conquistar a la gente.

A nosotros nos han hecho más daño los curas que el mismo D. Alfonso y su mujer; a los carlistas de Cataluña, pues de los demás no hablo. Con esos tipos

de párrocos que hay por aquí no se puede hacer carrera, porque son tan despóticos, tan duros y tan chocantes, que lo que nosotros ganábamos a tiros, ellos lo echaban a perder desde el púlpito. No habla párroco que desde que nos levantábamos no amenazase con castigos a los vecinos del pueblo que le habían ofendido, ó de quienes estaba cargado, pues para hacerse enemigo de esa gente no hay necesidad de ofenderles propiamente, sino que con frecuencia basta cualquier nonada.

Ellos amenazaban a sus agraviadores con la mayor frescura, y con no menor severidad. ¿Ha visto usted nada más tonto y absurdo? Así es que puedo bien decir que, dada la indole de estos párrocos, si el partido triunfase, un gran número de vecinos habrían de emigrar corriendo de sus pueblos, so pena de tener serios disgustos. Esos párrocos huelen todavía a inquisidores de aquel tiempo.

Nos han hecho mucho daño enajenándonos a gran número de personas que nos hubieran ayudado mucho. Por la montaña circula ya el mismo grito que por las ciudades: *todo, todo, cualquier cosa que sea, menos el gobierno de los curas*. De modo que los curas van haciéndose tan poco simpáticos como los frailes del año 35, y si no cambian de modo de pensar y proceder, no les arriando la ganancia.

Me hace muy poca gracia que los curas salgan a vitorearme, y si pudiese, les contestaría mandándolos a sus iglesias con el plano del sable. Cuando en esta guerra vi que los PP. Escolapios se declaraban franca y abiertamente por don Carlos, no pude menos de decir: ¡Malol! Había benditos que se alegraban, creyendo que las Escuelas Pías eran un buen elemento de propaganda, pero yo vi de lejos lo que había de suceder, y no me equivoqué. Las opiniones de aquella gente se volvieron contra ellos mismos, los desprestigiaron y encendieron más la rabia contra nosotros.»

Cuando fui a Estella hablé de todo esto a D. Carlos, quien me dijo también mil pestes de los curas, asegurándome que desfiguraban su causa, pues él no defendía esta ó aquella religión, sino sus derechos dinásticos, y, por lo tanto, que la cuestión de los curas le era indiferente.

Entonces le propuse mi plan de revolución contra ellos, que le gustó mucho. «Ellos no quieren bailes, le decía yo, pues toquemos el *cancán*. Ellos no pueden sufrir las comedias, pues en cogiendo una compañía de cómicos se le hace representar las comedias más verdes.» — «¡Magnífico! exclamaba D. Carlos entusiasmado. Así, así; al que no quiere caldo, dos tazas.»

Y así lo he hecho, porque, lo que yo decía: Es necesario persuadir al pueblo que cuando nosotros mandemos, no sólo no gobernarán los curas ni habrá Inquisición, sino que hasta se podrá bailar el *cancán* en los cafés. Si yo hubiese entrado en Barcelona, ya lo tenía pensado de largo tiempo, entro precedido de todas

las músicas tocando el *cancán* más popular. El efecto que esto hubiera hecho en la ciudad hubiera revolucionado a los barceloneses en favor nuestro.»

Lo que decía del clero el general Boet:

«Los curas no se proponen más que sujetar la nación a un despotismo teocrático, a fin de renovar aquellas épocas fetichistas donde mandaban como soberanos en la familia y los municipios pequeños, y tener la hinchada satisfacción de que, al pasar por la calle, los chicos corran a besarles la mano, los ciudadanos se les quiten el sombrero con una sonrisa servil, los alcaldes de monterilla se dejen gobernar por ellos, los padres y madres les consulten sus asuntos domésticos y sigan dócilmente su parecer, y los moribundos ricos les distribuyan parte de su hacienda. No es la libertad de cultos y el régimen constitucional en sí mismos los que les haya irritado, pues en otras épocas toleró la primera, y en general la ha tolerado muy campechanamente siempre que lo ha creído prudente ó necesario; y muchas veces defendió con gran tenacidad la libertad constitucional, en una u otra forma, demostrando que es más partidario de ella que del absolutismo.

Lo que los curas han atacado en la libertad de cultos y en el constitucionalismo, es el peligro de perder la influencia de que gozaban sin ver que de este modo la han perdido inevitablemente, poniéndose en frente de la sociedad, que no sólo se ha disgustado de su conducta, sino que se ha divorciado de ellos. Por esto no son los curas de los españoles católicos, sino los curas de los carlistas, y cuanto más hacen por el carlismo, más pierden como ministros sagrados.

Hay sin duda eclesiásticos que no se dan cuenta de aquella diferencia y que, penetrados de un temor infundado sobre los destinos de su culto, buscan en el triunfo del Pretendiente una verdadera defensa religiosa; pero no sé cómo pueden conservar estas ilusiones después de los rudos desengaños que han llevado durante las luchas carlistas. ¿A qué eclesiástico de buena fe se le puede ocurrir, por ejemplo, que las hordas de Savalls defendían el catolicismo? Allí no había más que una turbamulta de blasfemos, que de lo que menos se ocupaban era de religión. ¿Qué eclesiástico sincero puede imaginar que hombres como Cucala eran defensores del catolicismo, ni de otro culto? Y Dorregaray, y yo mismo, ¿cuándo hemos dado algún indicio de tal desvario, ni la han dado nuestras huestes del Centro? No hablemos de D. Carlos, porque éste es más enemigo de la religión que los materialistas más apasionados... Los carlistas que en la última guerra defendieron el catolicismo, hoy se han separado del partido, todos desengañados y tristes.

Sean francos los curas intransigentes, y digan con llaneza lo que verdaderamente piensan y quieren; manifiesten sin rebozo que su objeto no es religioso, sino

profano; que no se preocupan de los intereses del culto, sino de los suyos propios; que no anhelan que luzca el catolicismo; sino resplandecer ellos; y que, á trueque de alcanzarlo, están dispuestos á apoyar eternamente á un hombre tan descreído como el Pretendiente, y á alistarle la canalla más corrompida é inmunda del país. Pero los desinteresados, los piadosos, háganse superiores á esa preocupación; miren á su alrededor, vean lo que han logrado, y salgan á toda prisa de un camino por el cual conducen á la ruina la institución que anhelan salvar. ¿Qué sacó el clero de la guerra del 35? La pérdida de los conventos y de gran parte de su prestigio social. ¿Qué ha sacado de la del 72? La pérdida del respeto que aún inspiraba, pues hoy el país desconfía de los curas como de enemigos encarnizados.»

El clero que habla llegado á conocer á D. Carlos, decía:

«Debemos confesar que las cosas van muy mal. El rey es un tunante que nada respeta, ni aun los claustros de religiosas. ¿Qué visitas son esas que hace á los conventos de Estella con su corte de mozambetes sin pudor, bailando allí ellos y ellas al son de una guitarra? ¿Qué comportamiento es el suyo, que ni las doncellas ni las casadas están seguras de su lujuria? ¿No es hora ya de poner coto á este y otros escándalos? Así no se defiende la religión, sino que se la desacredita y derriba.»

«¿Cuándo nos ha respetado? decían otros; ¿cuándo nos ha atendido? ¿Cuándo nos ha elevado? ¡Ah! todos hemos visto cómo se mofa de un hombre como el señor obispo de Urgel, que tanto le quiere y tan adicto le es, y con que desdén nos mira á los demás sacerdotes, desde los más eminentes hasta los más humildes. D. Carlos es una gran calamidad, que siembra la impiedad y el vicio por nuestro país.»

En una carta de *Lo Mestre Titas*, seudónimo de D. Francisco Segura, dirigida al presbítero D. Mateo B., fechada en Barcelona en 26 de Noviembre de 1874, se lee entre otras cosas:

«También me hago cargo de la religiosidad. Si tomar parte activa en bailes fuese rezar el rosario; si pavonearse por los pueblos fuese edificar al público; si proteger y rodearse de calaveras y canallas fuese mostrarse piadoso; si hablar á lo escandaloso fuese glorificar á Dios; si sólo oír una misa los domingos, y á las doce, y con un aparato sobradamente ridículo, por no decir carnavalesco, fuese muy devoto; si hacer fusilar cerca de dos centenares de infelices prisioneros fuese una acción cristiana, entonces comprendería que fuera estimado como hombre religioso el sujeto en cuestión, y cuya conducta podrá ser todo lo que se quiera, pero para ser digna de un católico, y no más que algo mediano, tiene que reformarse mucho. ¡Ah! Ahí precisamente está la grave causa de todo.

Por algunos no se ha querido ó no se ha sabido ver que la presente lucha es una lucha de religión; que nuestros voluntarios no sólo son soldados del Rey, si que principalmente adalides de la Iglesia; que nuestra causa ante todo es la causa de Dios; verdad es que banderas y proclamas ostentan el digno lema de Dios, Patria y Rey; empero no es menos cierto que con tales palabras no concuerdan las obras; se llaman católicos, y sus hechos son de liberales; como éstos blasfeman; como éstos se abandonan al juego; como éstos permiten cundir la corrupción; como éstos esquilmán los pueblos; como éstos se entregan á los vicios. ¡Oh, cuánto es de temer que Dios nos abandone!»

Aunque, en este punto, nada tan elocuente ni de más autoridad que la pastoral que dió en Estella el obispo de Urgel:

«¿Qué contradicción tan monstruosa habría entre vuestros sentimientos y vuestras obras si imitáseis ahora á vuestros enemigos y profanáseis la ley del Señor con reniegos, con blasfemias, con maldiciones, con impurezas ó palabras y bailes obscenos, ó con cualquiera clase de pecados! ¡Si gritando ¡viva la religión! é impropereando á los liberales el haberla abandonado y perseguido, vosotros os mostrárais poco religiosos; si estuviérais distraídos, dispados ó menos respetuosos en el santo templo; si no frecuentárais con devoción los santos sacramentos ó tratárais con menos respeto á los sacerdotes y á las cosas santas!

¿Qué contradicción, si luchando con tanto heroísmo porque Dios reine en nosotros como en los días de nuestros padres católicos, le echáis de vuestros corazones por el pecado mortal y de vuestros campamentos por los escándalos!

Para que la irónica excitación encaminada á suprimir el pecado y el escándalo en el campo carlista fuese más eficaz, el obispo trabucó y lanzó esta puya á los jefes, oficiales y soldados:

«Dios se retirarla de vosotros, y por vuestros pecados y abominaciones nos echaría, como lo hizo el 40 y el 49. Maroto, el traidor Maroto, sólo fué el instrumento de la ira de Dios; instrumento por cierto detestable; mas la verdadera causa de aquella ruina no fué, no lo dudéis, sino el pecado, á que se habían abandonado los defensores de S. M. el rey don Carlos V.

¡Ah! ¡Cuántos gemidos arrancó el pecado de los siete años á nuestro afligido corazón! ¡Cuánto clamamos contra él en el púlpito de Berga, llegando á veces hasta amenazarlos con el abandono de Dios! Y este abandono vino, por desgracia, y el soplo de la ira de Dios, más bien que los batallones de Espartero, nos arrojó sobre las fronteras francesas.

Y no haya quien diga que peores eran los liberales. Es verdad que lo eran; pero eran también el azote de la ira de Dios, quien para esto se sirve de los malos.»

La pastoral del de Urgel prueba lo

que tantas veces he dicho: que el carlismo es irreligioso. Y además que el robo, el asesinato, el incendio y la violación se reputaban actos dignos y quizás meritorios en el carlismo, cuando nunca tuvo el prelado una palabra de condenación para ellos.

Contra el ejército

Los carlistas, que hoy halagan al ejército, no contentos con exterminarlo en las dos guerras que han sostenido, han tratado siempre de deshonrarle, atribuyéndole actos que nunca realizó, para justificar de este modo los asesinatos que en jefes, oficiales y soldados cometieron.

No es esto en ellos un incidente que puede surgir en el calor de la lucha; es un plan.

Prescindiendo de los horrores que hicieron contra el ejército á raíz de la revolución, he aquí el indigno ataque que le dirigió *La Reconquista* en 1873:

«¡Basta ya por el cielo santo de enseñar las espaldas! Nuestros amigos del Norte arden en deseos de saber de qué color tienen el rostro los soldados de la República.

Nosotros pedimos que se dé el mando del ejército á un general que dé ese gusto á nuestros amigos, sea conservador ó federal, benévolo ó intransigente.

He aquí la única condición que le exigimos: que no vistan faldas.»

¿Faldas? En el Norte no había más faldas que las de las prostitutas que honraban á D. Carlos y las de los curas como aquel Santa Cruz, asesino y ladrón, y aquel Manterola distraído, ó más bien escapándose con los fondos confiados á su custodia, en unión de la señora con quien públicamente vivía.

Los militares deben leer esas líneas, para enterarse del concepto en que siempre los ha tenido el carlismo. Es para ellos un deber de honra, tanto como cuestión de dignidad.

Otra de las calumnias propaladas para desacreditarle, fué la que hicieron correr á principios del 74, asegurando que en las tropas mandadas por el general Echagüe formaban los presidiarios de Santona vestidos de guardias civiles, sin advertir que caía por su base la impostura al no haberse pasado á nuestras filas los carlistas, como hubiera sucedido á ser cierto que se admitían en ellos presidiarios.

Su odio al ejército es tan grande, que no lo han podido esconder ni aun tratándose de los generales, jefes y oficiales que con ellos se han ido, y que, unos antes, otros después han ido cayendo, ya asesinados, ya deshonrados, mientras en una y otra guerra alcanzaban gran predicamento cabecillas sanguinarios y frailes y curas fanáticos.

Mas hablaré despacio de esto en otra ocasión.